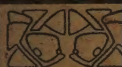


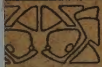
212



UNIV. OF ARIZONA
PQ8497.L58 I5
Lopez, Justiniano/Indios y venados mn



3 9001 03819 5890



JUS

PEZ

INDIOS y VENADOS



Lima-Perú

1927



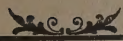


A

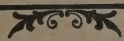
mi

PQ
8497
L58
I5

López, Justiniano



INDIOS Y VENADOS



Bajo los auspicios de la Juventud pongo, en el día de la Raza, mis páginas INDIOS Y VENADOS.

De la Juventud, porque ser joven es ser libre y es ser noble. Libre, con la libertad del que no pospone al estómago la conciencia. Noble, con la nobleza del que impone a todo, el simpático sello del corazón.

Yo hablo, pues, a la conciencia libre y para el corazón noble de la Juventud.

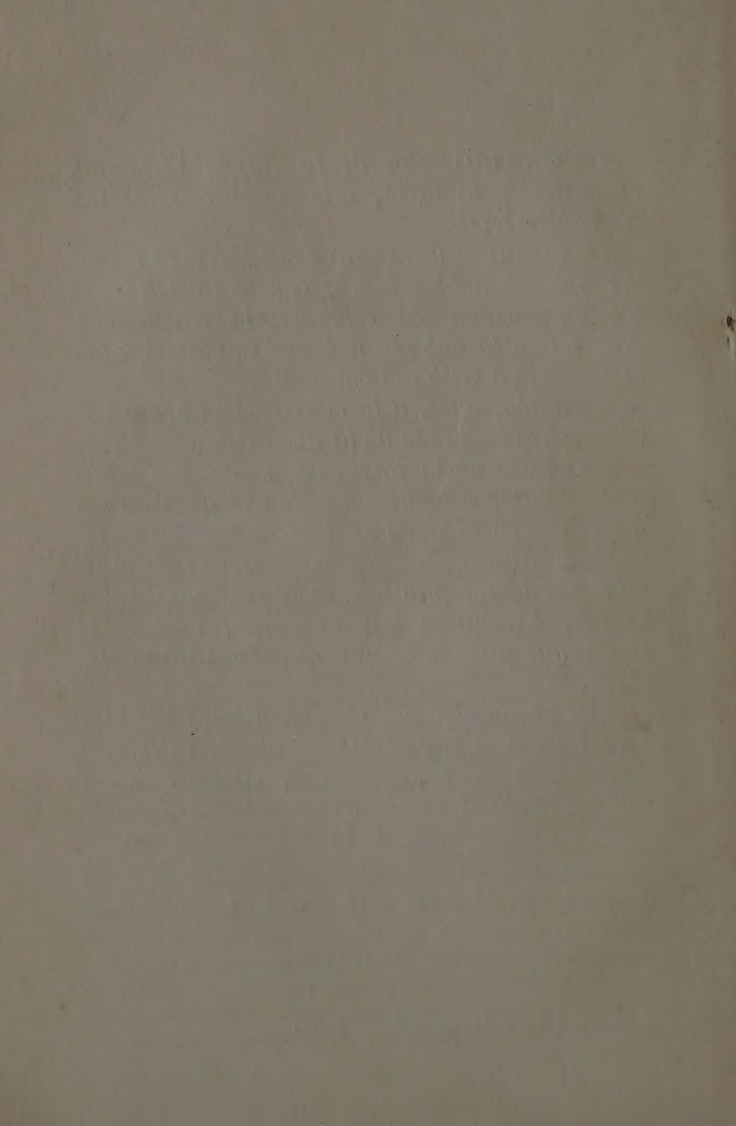
En el día de la Raza, en el que nos sentimos orgullosos de nuestra gloriosa tradición y de nuestro bizarro abolengo. En el día en que renovamos nuestros votos por el definitivo encumbramiento de la Raza, puestos los ojos en el indio en quien si hay fango, es el fango que puso sobre él nuestra infame desidia.

Así, al amparo y calor juveniles, podrá ya INDIOS Y VENADOS arrostrar la implacable zumba de los criticones, sucios a la vez que inofensivos parásitos de la obra ajena.

Y, para terminar, si la Juventud quisiera conocer desde ahora el propósito que vivifica a este libro, le diría que su ideal es: hacer justicia al indio.

JUSTINIANO LÓPEZ.

Lima, 12 de Octubre de 1927.



A propósito de "Indios y Venados"

Porque en el grupo NOVECIENTOS estimulé, con sincero entusiasmo, la vocación literaria y patriótica de Justiniano López, ha querido ahora, a pesar de que he cumplido con advertirle que mi palabra carece de prestigio y de valor social, que detenga un momento la curiosidad de los que, como honrosa excepción de la indolencia intelectual imperante, leen, piensan y sienten la inquietud de la hora.

La comprensión de su libro está garantizada porque satisface dos justas exigencias del espíritu moderno: la elegancia en la expresión y la emoción social en el motivo.

INDIOS Y VENADOS es la relación sencilla y breve de una cacería en los Andes. El paisaje ocasiona metáforas atrevidas. Las ideas "se hincan en la mente como garfas". Los cactus de los montes le parecen vigías en espera de algún contrabandista. De repente divisa "un nuevo telón de solitarios pajonales". Se tropieza con una indiecita "embutida en su ropa". Compara los balidos con una salmodia. El precipicio le bosteza rachas de viento helado.

Por esta afición a la metáfora, por la transparente sencillez de la frase, por la envidiable naturalidad del diálogo—interrumpida a veces por alardes

de bachiller—por su generosa comprensión de las almas y de las ideas, por su amor a la raza, que no parece decadente sino inconclusa—barro agrietado porque hace mucho tiempo que espera el soplo de vida—Justiniano López se incorpora ventajosamente al movimiento idealista de nuestra generación sin que su palabra y su fé estén maculados de odio, de egoísmo, de ateísmo o de ambición.

INDIOS Y VENADOS es un libro sin argumento, como los mejores libros modernos, pero como estos se refiere a un drama auténtico: al drama del indio que va llorando en su treno, según la frase de Martí, la angustia de que se hayan vuelto lobos los hombres.

Sobre este drama auténtico y cercano hacía falta una palabra como la de López, limpia de énfasis y de odio, clara, desnuda, armoniosa, tensa por la fé, sana y robusta como que ha nacido en plena pampa.

Para López la regeneración del indio está en la cruz: en la cruz que es “una luz eterna, que entristece a veces, que consuela otras, pero que ilumina siempre”. No ignora la supervivencia tenaz de la idolatría en el alma indígena. Conoce el nombre de todos los aukis innumerables y groseros. Ha constatado la intervención simoníaca de los curas. Ha asistido a las fiestas religiosas tan llenas de erotismo crudo y simiesco como las fiestas legendarias del Raymi. Sabe que la miseria del último carguyuc viene de la esplendidez con que contribuyó a la festividad del Patrón. Ha palpado las deformes supersticiones que afean el alma del indio: la tiranía del hampipaccuc que adivina el porvenir y cura las enfermedades con procedimientos misteriosos, la codicia del Jirca, la influencia de los astros, la veracidad de las entrañas sangrantes. Pero por esto mismo y porque además reconoce que al catolicismo se debe el mila-

gro de la conservación del indio y que no solo lo ha conservado sino que lo ha enaltecido—las colecciones de la antigua alfarería peruana, las enfermedades que hasta hoy muerden su carne y las actas de los Concilios celebrados en Lima bajo la presidencia de Santo Toribio así lo prueban — señala a la multitud enflaquecida por una larga sed de justicia, esa gran fuente de sacrificio, de caridad y de heroísmo que es nuestra fé.

López rechaza el ejemplo de Méjico. Se opone también al apostolado criminal de los que predicán el Yawar Inti o Sol de Sangre que presenciara la matanza del millón de blancos opresores y alumbrará la apoteosis definitiva y exclusiva de la raza de bronce. En Méjico el Estado restituye al indio—a veces!— su patrimonio material: una parcela mísera de tierra. Pero le arrebató su patrimonio moral: la fé y el consuelo que bajaban a raudales del Santuario de Guadalupe y que bastarían para llenar su vida actual. La instrucción que se le dá es un nuevo crimen: es hacerlo apto, según las palabras de Justiniano López, para el bien y para el mal.—Tampoco debe añadirse al veneno de la chajta y de la chaccha, el veneno del odio al blanco. Hay que cultivar, al contrario, su ternura. Hay que demostrarle, prácticamente, la eficacia redentora del *Taitacha*. Hay que sustituir al cura simoníaco y sensual con el misionero que sea capaz de rastrear las huellas benditas de Fray Bartolomé de las Casas. — Porque solo el misionero puede redimir y restituir al indio. Siendo el intermediario incansable entre el gamonal y el colono, entre el latifundista y el comunero, evitando las arbitrariedades del Gobernador que obedece sobre todo al interés político del cacique criollo; explicando con sencillez la lección objetiva de la naturaleza e interpretando la vida en su fatalidad y en su

libertad; condenando el desborde sensual de las muchedumbres en las fiestas; segando la incontinencia en sus mismas fuentes y revelando a la raza su misión excelsa, puede devolver al Perú su unidad, su dignidad y su fuerza.

Cuando el indio sea dueño de su tierra y de nuestra fé, dejará de rastrear venados para hundirse en las entrañas de los Andes y reaparecer al poco rato repleto de oro y de fraternidad.

JOSE LEON BUENO.

Octubre de 1927.





¡Pedir cuernos!

Quien se acuesta con una idea, hincada en la mente como una garfa, más dormita que duerme. Salta, cual el centinela, a la más leve señal de alarma.

Yo desperté con la aguda clarinada del primer gallo y, antes del segundo canto, estaba ya en pie.

El badajo arrancaba de la campanilla del reloj las cuatro de la mañana al tiempo que subíamos sobre las cabalgaduras. Aquellos campanillazos los seguí escuchando por largo trecho. Fenómeno acústico para un físico; psíquico para un sicólogo. Estoy más con este último porque el adiós de la despedida no lo escuchamos con los oídos sino que lo sentimos con el corazón. El corazón es el más grande de los sentidos.

En la portada de la ciudad, cerca de Yanahuaira, las cabras de una de esas chozas que hacen de vivienda a la vez que de aprisco, se espantaron a nuestro paso.

El pastor que, sin dejar de vigilar dormía, se incorporó y, con esa voz gangosa que produce el sueño, nos gritó:

—¡Buena caza! ¡Para mí los cuernos!

Era Shillico, compañero de escuela de ahora veinte años. Los compañeros de escuela son amigos de toda la vida.

Pedir de un venado los cuernos, es poco pedir. Por eso Shillico, a más de los cuernos con los que haría vistosas perchas, tendría, a la hora de la repartición, un pellejo para un *hualqui* (1) nuevo y una rabadilla para el *buche*....

Alborada

Una hora larga caminamos así, entre la penumbra de la noche y la claridad del naciente día.

Dejamos atrás los cañaverales, con sus gorrones aún dormidos. Parecían túnicas desplegadas para abrigo del campo.

De los sauces, uno que otro *tauri—garay* (2) madrugador volaba espantado, de vez en cuando.

(1) Hualqui bolsón para la coza.

(2) Tauri—garay: avecilla muy común en ciertos parajes.

Los cactus de los bordes, cual vigías en espera de algún contrabandista, estiraban sus aguzadas uñas.

El camino carretero, recostado sobre el valle, perforaba por momentos la base de los cerros en cuyas entrañas de roca estallara la dinamita.

Cruzamos el pintoresco pueblo de Huácar. Las puertas de sus casas estaban aún entornadas. Por encima de los bardales de sus huertos recibimos el aroma del azahar de los naranjos, como última caricia de la quebrada al viajero.

Emprendimos luego la ascensión por la sinuosa senda que conduce al caserío de Quepatupe.

Escalar las montañas de nuestra sierra es ascender a la nube y a la nieve. Trozos blancos de nube y trozos azules de cielo sobre cumbres plomizas: he allí el panorama andino. El pintor no necesita de otros colores.

Divisábamos ya los maizales cuajados de mazorcas de Quepatupe, cuando los primeros fulgores de la mañana despertaban, en alegre alborada, a aquellas sencillas gentes de las altas comarcas andinas.

Jircahuan-parlaj (1)

Los hermanos Condezo saltaron a darnos la bienvenida. Rosendo, el mayor, frisaba en los cuarenta años y Eduardo no bajaba de los treinta. Sólo, hubiérase creído que en esa tierra no nacían mujeres y que, para tenerlas, era preciso repetir el rapto de las sabinas....

Una *chaquan* (2), tía de los mismos, hacía las veces de madre: ella así lo decía. Pero los célibes, a sus espaldas, añoraban la ausencia eterna de la que les diera a luz. Y es que, en la vida, hay cargos irrenunciables é insustituibles: él de madre, por ejemplo.

Mientras nuestros caballos mordían ávidamente el pienso, tendimos nestrosu ponchos sobre los poyos y nos sentamos a descansar.

Pronto nos trajeron café caliente, con gran complacencia mía, pues hacía rato que me encontraba aterido de frío. Las *humitas* no podían ser mayores en número ni mejores en calidad: estaban exquisitas.

(1) Jircahuan-parlaj: el que conversa con el cerro.

(2) Chaquan: vieja.

Eduardo, como buen licenciado, guardaba gratos recuerdos de la vida de cuartel. Había aprendido en él a leer algo y a *latear* algo más todavía.

No tardó en acribillarme con preguntas:

—¿Qué dice Lima?

—Lima nada dice. Está como la dejaste. Si quieres, con más calles, con nuevas plazas, con mejores jardines.

—¿Y el cuartel de Santa Catalina?

—En su sitio de siempre.

—Allí estuve yo tres años.

—¿Extrañas, verdad?

—Un poco;—y luego añadió en tono grave— he oído decir que tendremos *guerra*.

—¿Guerra con quien?

—Con nuestros enemigos.

—No los tenemos—afirmé categóricamente.

—¿Y los chilenos?—interrogó atónito Eduardo.

—Tienes razón —repuse.—Los chilenos pudieran ser nuestros hermanos si quisieran, pero prefieren ser nuestros enemigos. Sin embargo no habrá guerra.

—Es que como hemos ganado el ple... el pli....

—¿El plebiscito?

—Eso mismo.

—Sí; es como si lo hubiéramos ganado,

porque Chile ha impedido su realización por la violencia.

—Los rotos van a querer venir al Perú,—dijo Eduardo para quien no era desconocida la agresividad de nuestros vecinos de abajo.

—Querrían; pero querer no es poder—repuse.

—Los chilenos están bien armados.

—Ya lo sé.

—Y los peruanos no tenemos armas.

—Eso no sé. Como quiera que sea a mí no me gusta la guerra.

—A mí sí; para matar chilenos como *cancha* —contestó Eduardo con vivacidad.

—Y también morir—añadí friamente.

—Se muere con gusto —repuso.

—Sí, porque la guerra no es más que el arte de morir sin recurrir al suicidio.

Esta definición *sui generis* de la guerra puso fin a nuestro patriótico diálogo, en el que, intencionalmente, había sacado a prueba la moral militar de Eduardo. No la comprendió, ó probablemente no le pareció buena.

Entre un lote de libros, desvencijados y envejecidos, me sacó un Misal y un volumen de la Recopilación de las Leyes de Indias. Los conservaba cuidadosamente por ser la herencia de sus mayores. Tanto el la-

tín del Misal como el castellano de la Recopilación habían servido de manjar a la polilla y a los ratones....

Rosendo no interrumpió en lo menor la conversación habida con su hermano. Callado, con la mirada tranquila y el rostro grave, Rosendo fuera un sabio a no ser un ignorante. Pero su ignorancia no era un óbice a ciertas aficiones arqueológicas. En efecto, desde tiempos atrás, desenterraba *huacos* en las ruinas de Atash.

Me obsequió un hermoso mortero, cuyo peso es de más de una arroba; dos hachas y un platillo, también de piedra; un *pincullo* (1) y dos vasijas pequeñas de barro, rojo y negro respectivamente, que recuerdan la alfarería adelantada de los antiguos Nazcas y Chimús.

Querer amar no es amar. Es, simplemente, constatar su insuficiencia. Es buscar su pan al corazón. Es reclamar una pitanza para vivir.

Por ello, ser cuarentón, haber querido y no haber podido casarse es sino cruel de algunos seres desgraciados. Rosendo podía resumir así la historia de su vida, vacía como otras tantas vidas vacías.

La causa de ese desvío por parte del ele-

(1) Pincullo: instrumento musical incaico.

mento femenino no era otra que aquella funesta afición de andar a caza de *huacos*. Las *jipash* (1) le miraban con recelo y temor, llamándole despectivamente *jircahuan-parlaj*. . . .

Sin embargo Rosendo no desesperaba. En su obligada soledad, huérfano de amor, encontró una fiel compañera: la coca. Saliendo, una a una, del fondo del *huallqui*, aquellas hojitas destilaron en su corazón el néctar divino de la resignación.

Para él la coca dejaba de ser la hoja de una planta anestésica para convertirse en algo así como la caricia de la mujer compasiva que alienta al hombre en su cotidiana faena. La coca y la mujer, dos cosas que adormecen. La vida del hombre la llena la mujer. La vida de Rosendo la llenaba, hasta entonces, la coca. Y si la vida es dolor, como quiere Schopenhauer, ha encontrado, según Rosendo, un lenitivo en la coca la Humanidad.

Al esfuerzo y la fatiga de la vida oponía él la coca que calma é insensibiliza. Pero fuera inexacto pensar que Rosendo no creía en nada, más allá de la coca. La *chajta* (2) y el cigarro venían a completar una

(1) Jipash: doncella.

(2) Chajta: aguardiente. Le llaman también *huagay--cholo*: cholo llorón.

especie de trinidad profana. En efecto, si la coca calma, el cigarro consuela y la *chajta* alegra. Tres propiedades facilmente apreciables para el gusto refinado de un experto como él.

Por eso Rosendo, como todos los trabajadores de las serranías, *chajchaba* (1) todos los días porque la fatiga y el dolor son diarios. En cambio bebía *chajta* algún día a la semana: cuando era preciso estar alegre. Y fumaba en los crepúsculos para consolar el espíritu y poetizar la vida.

Sintetizando: *chajchaba* siempre y a toda hora; fumaba una vez al día y bebía alguna vez a la semana, como un físico que toma para sus experiencias un cuerpo sólido, otro líquido y un tercero gaseoso.

Rosendo con estos tres cuerpos, coca, aguardiente y humo de cigarro componía la gran experiencia de su existencia.

Convencido de que Rosendo necesitaba de la compañera bíblica a que todo hombre tiene derecho, alenté sus pretensiones amorosas hacia la hija de un mantacochino. Tres meses después bajaba a casarse con esa guapa indiecita que no temió suscitar la rabia del *Jirca*...

(1) Chajchar: masticar la coca.

Atash

Eran las nueve de la mañana al llegar a Misericordia, punto así llamado seguramente por la exclamación de horror y desesperación de algún despeñado en esa horripilante sima. Descendimos cautamente de las cabalgaduras y, al volver atrás la mirada, contemplamos extasiados el hermoso panorama que, en breve, iba a desaparecer a nuestros ojos.

Allá, muy abajo y muy lejos, se extendían las risueñas campiñas que baña con sus aguas el Huertas. Como dos hijas en un mismo regazo materno, Ambo y Huácar, abrillantados por los rayos de un sol abrilero, aparecían en los extremos de la pradería en la que el dios PAN pasa su eterna primavera....

¡Fugaz visión del terruño, tanto más querido cuanto más lejano! En él sonríe placidamente Natura. En sus huertos crece la planta de la cálida Montaña y la de la templada Sierra. Sus días ostentan un sol refulgente, sin nieblas, y sus noches se engalanan con tapicerías siderales. Arrullado por

dos ríos, diríase que los hombres conviven con las NINFAS cuyos fueros hubiesen su-peditado aquellos.

Donde cruza un río, brotan plantas y vuelan pájaros; donde vuelan pájaros y brotan plantas, palpita la Vida y reina la Alegría. Ambo, digna antecámara de Huánuco en el hermoso valle del Huallaga, es un alegre himno a la Vida.....

Cuando hubimos franqueado el desfiladero, un nuevo telón de solitarios pajonales se abrió ante nosotros. En la cúspide de cuatro montículos, los más elevados, columbramos las ruinas de un pueblo antiguo, cuya noticia se pierde en el laberinto de la Prehistoria.

Faldeamos y, tras breve caminata, arribamos a ATASH. Esos escombros en el escarpado peñascal producían la sensación de una ciudadela destruida. Las habitaciones, todas en forma circular, estaban diseminadas sin orden alguno y separadas unas de otras por espacios no mayores de dos metros. En sus muros de piedra no se observaba señales de inscripciones lapidarias. Los dinteles de las puertas, bajas y estrechas, estaban formados por grandes lajas, sin que recuerden los monolitos labrados de las urbes incaicas. En las faldas se percibía aún las huellas de los andenes ó terrazas, escalonados

en gradas superpuestas y contruidos para aprovechar en el cultivo terrenos de excesiva pendiente.

Decir a que época corresponden esas ruinas y cual es su importancia, incumbe al arqueólogo é historiador. El observador constata la realidad presente y sus juicios, sobre el pasado, son simples conjeturas sin carácter científico. He aquí el nuestro.

Atash, por su extensión, pudo servir de guarida hasta para veinte mil habitantes. Situado al norte del Nudo de Pasco, fué posiblemente una tribu numerosa de los *huanucuyos*, los que, asediados por otras tribus guerreras como los *piumbos* de la meseta de Bombón se remontaron a las atalayadas peñoleras de Atash para guarecerse de sus continuas embestidas.

Cuentan los indios de los vecinos caseríos que, en tiempo inmemorial, un *sinchi* guerrero vino de tierras lejanas y diseminó a la tribu, vagando desde entonces libremente los animales domésticos que en ella se criaban. Así, las gallinas se trocaron en perdices; en venados, los carneros; en raposas los perros y en vizcachas los cuyes....

Esta leyenda puede referirse a que cuando Tupac-Yupanquí quiso someter a esa tribu al dominio y gobierno incaicos, ante la resistencia de los subyugados y como una

medida de represalia a la vez que de seguridad, trasplantó a sus habitantes a otro lugar del Imperio.

El Dios Jirca

A eso del medio día evacuamos Atash. Pronto mi caballo se distanció de los otros, quedándome yo a la zaga. Entonces eché de menos mis espuelas. Las había olvidado al tiempo de volver a montar.

Imicho que caminaba a pie, me preguntó:

—Patroncito, ¿le pusiste su coca al *Jirca*?

—¿Qué coca?, repuse.

—Todos los que pasan por allí deben dejar un poco de coca. Sino el *Jirca* se molesta,—dijo gravemente Imicho.

—¿Con que se molesta el *Jirca*?—interrogué en son de burla.

—Sí, patroncito. También el *Jirca chajcha* y como no le has entregado su coca se ha quedado con tus *espoilas*,—respondió Imicho, como quien lee una sentencia.

—Eso no puede ser—advertí ásperamente.—Un par de espuelas no vale un puñado de coca. Se trata pues de un robo en

el que yo soy la víctima y el *Jirca* el ladrón. Porque ¿con qué derecho acaba de apoderarse de mis espuelas? Y, después de todo, ¿con qué derecho exige ese tributo de coca? Un robo no legitima otro robo.

Imicho a quien acababa de escandalizar con lo que pudiera llamarse una blasfemia, me dijo entre temeroso y suplicante:

—Patroncito, no hables así. El *Jirca* oye y se puede molestar. El protege nuestras crías y nuestras cargas.

—Está bien—repuse cambiando de tono.—¿Y qué se hace para merecer la protección del *Jirca*?

—Le entregamos nuestros animales y le rogamos para que él nos los devuelva al fin del viaje.

—¿Y los devuelve?

—Sí, patroncito. Habrás visto tú las piedrecitas que siempre colocan los viajeros al lado del camino. Cada montoncito representa a las crías. Por diez burros hay que poner diez piedrecitas.

—¿Quiere decir que hay que entregar contados los animales?

—Exactamente.

—¿Y qué pasa cuando se deja de encomendarlos al *Jirca*?—interrogué para concluir.

—Que se ruedan en los precipicios ó se

cansan en el camino, y el viaje se vuelve malo—repuso Imicho, con la sencillez y seguridad del creyente convencido.

Acababa de explicarme el porqué de esos manojuelos de coca así como el objeto de esos minúsculos amontonamientos de piedrecillas que, a menudo, encontrara en mis excursiones por diferentes comarcas indígenas de Huánuco.

El culto al dios *Jirca* es una manifestación del politeísmo de nuestros aborígenes, es la creencia supersticiosa del indio, atribuyendo a los cerros los caracteres de la divinidad. Es un rezago de las prácticas religiosas incaicas. El credo cristiano, profesión de fé en el monoteísmo, está aún, por desgracia, lejos de ser la doctrina profesada por nuestros indígenas. Ellos creen en Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, que vienen a ser ya tres dioses. Luego divinizan los astros y todas las fuerzas de la naturaleza, rodeando la vida del creyente con un cúmulo de prácticas supersticiosas que deforman y van contra el rito católico. Por eso, purificar la fé de nuestro indio es una de las obras por realizar, en pro de su engrandecimiento.

En cuanto a mis espuelas, terminé por dejarlas de buen grado al *Jirca* que bien pudiera necesitarlas...

Cumbres y contrabandos

Atravesamos las altas faldas de Taulín. Allí Justiniano Berrospi preparó una emboscada a Clemente Cárdenas y lo mató. ¿La causa? Vengar una ofensa o robar una arroba de aguardiente. La causa aparente es indiferente. La verdadera es otra: el odio jurado a todo quiano. Movido por él, hacía solo quince días que victimaba a Concepción Agüero.

Investigar el porqué de ese odio infernal es bucear en el abismo de la miseria moral de todo un pueblo. El lector podrá conocerlo en páginas posteriores, si cree que no es fútil la investigación de las causas de abyección de la raza indígena.

Unas tras otras desfilaron ante nosotros las montañas de los Andes, ese enorme espinazo de que nos habla el sabio Raimondi. Su inmensidad es solo comparable con la inmensidad del océano. ¡Sublime espectáculo, otear desde una cumbre el horizonte erizado de cumbres!

A nuestra izquierda quedaron las alturas de Mosca, Quircán, Añay, Angasmarca,

Páucar, allende el río Huertas. Hacia ese lado y en el fondo se erguían los nevados montes de Pagla, en Sasahuanca. A la derecha se extendían las altiplanicies de Acoccalla, dominando las estancias de Rajcha, allende el río Huácar. Acoccalla, como el eje de un gigantesco abanico, empalma los cerros que arrancan del valle del Huallaga en las haciendas Quicacán, Vichaicoto y Andabamba, productores de caña de azúcar. Esta preciosa planta crece en abundancia en las haciendas circunvecinas a Huánuco. De ella debiera extraerse, para sustento de los pueblos, el azúcar. Hoy, por desgracia, sirve en su mayor parte para ejercitar el indigno comercio del aguardiente que los envenena. Por eso, ¡mil anatemas contra los traficantes del aguardiente que mata al indio y envilece la raza!

Toda hacienda de caña tiene su Acoccalla, su oculto desfiladero. Por él circula impunemente el contrabando. Mal haría el recaudador en visitar esos parajes, sembrados de emboscadas y de escollos. Nadie daría un centavo por su vida.

El bandolerismo, uno de los más sonados *ismos* en el país, comienza por el contrabando. Mejor dicho, el bandolerismo y el contrabando son manifestaciones de una misma profesión.

El bandolero no es un Pancho Villa ingénito. No nace como el poeta; se hace como el orador. Empieza por perder la conciencia ética de sus actos por el aguardiente, porque como dice Lombroso, "el alcoholismo crónico se halla caracterizado por una degeneración progresiva del carácter moral y juntamente de toda la vida física y funcional". (1) Perturbada la inteligencia, exaltado el sentimiento y envilecida la voluntad por el alcohol, es en la crápula de infernales iluminaciones, que el bandolero concibe y planea sus crímenes. Su instrucción y preparación servirán solo para la mayor técnica é ingeniosidad de los mismos.

Pero en la vida de todo bandolero el primer golpe, el primer acto delictuoso, el primer eslabón en esa cadena de nefastas aventuras, surge ante el derecho propio burlado, por el abuso o la indiferencia. El crimen es, por lo tanto, una represalia contra la injusticia. De ella hablaremos en páginas posteriores.

Por eso, mientras se permitía el comercio indigno del aguardiente y se mire con indiferencia la degeneración por él de todo un pueblo; mientras el abuso y la injusticia cercenen los fueros y derechos de la raza in-

(1) Medicina Legal.

dígena y se ceben en su menguado patrimonio; mientras sus dolores y sus necesidades sean mirados con indiferencia y con desdén, la Sociedad seguirá siendo responsable del bandolerismo que azota ciertas comarcas del país.

Tramontamos Rumichurco, lindero entre los distritos de Huácar y Cayna. Cruzamos luego las abandonadas estancias de Shiri-Cucho, animada querencia en otra hora de alegres rebaños; hoy, entristecidos campos por el abandono, el terror y la muerte. Más allá, divísase las altas faldas de Yana-Galán, teatro de sangrientos combates entre chaulanos y quianos.

Ascendimos la cumbre Quío--punta que domina una quebrada, honda y angosta. En ella están revueltas, como madrigueras de avispas, unas cincuenta humildes chozas.

Es Quío

Pintar una comarca de indios sería pintar todas. Tienen la identidad de la miseria.

Quío, geográficamente es un rincón del Perú, olvidado como todos los rincones. Ri-

co en metales, inexplotados aún, recibe de cuando en cuando la visita de alguno que otro aventurero.

Política y administrativamente, Quío es un pueblo con ese tono peculiar que tienen los pueblos de nuestras serranías. A la cabeza está esa especie de triunvirato, formado por el teniente gobernador, el juez de paz y el agente municipal.

Socialmente, para Huánuco y Ambo, Quío es una guarida de bandoleros.

Estábamos a sus puertas: avanzamos resueltamente; llamamos “¡ábrete Sésamo!”; luego penetramos en ella.

Los perros de la primera cabaña, unos perros con lana más bien que con pelo, saltaron enfurecidos hasta el borde del camino. Tras de los perros asomó una mujer y después otra; hasta tres. Abuela, hija y nieta debieran ser a juzgar por la edad. Tres generaciones femeninas que, atónitas y temerosas, nos miraban desfilar, guarecidas tras de una tapia derruida y cubierta de malezas.

Pronto las perdimos de vista, por la sinuosidad del camino. En cambio los furiosos canes, cuyos ladridos rebosaban de la estrecha quebrada, crecían en número y en coraje. Sus hocicos arrugados enseñaban la dentellante dentadura, ávida de morder.

Cabriolando hostilmente entre las patas de los caballos, esos perros no podían hacernos un recibimiento más antipático.

Al rematar la curva del camino divisamos la segunda choza pueblerina. En ella un indio se ocupaba en atar haces de paja, seguramente para reforzar la techumbre. Nos vió, dejó caer el manojo que tenía en las manos, se deslizó hacia nosotros y, descubierta, estrechó efusivamente, acercándose a los labios, la mano de mi padre que se la extendía con cariñosas frases.

Este encuentro amigable, sin que mediaran amenazas ni palos, bastó para que los perros, hostiles hasta entonces, se volvieran confundidos, al igual que los niños descorteces que, por una mirada del papá, advierten sus faltas con un visitante.

Nos condujo a la casa del juez de paz. Unos tras otros fueron sumándose los hombres, de modo que al llegar al lugar indicado, estábamos rodeados de unos diez. Brazos le faltaban a mi padre para corresponder a los abrazos de aquellas buenas gentes, entre las que si alguien no lo conocía de vista, por lo menos lo conocía ya por referencias. Las indias, menos esquivas que las tres primeras, nos daban la bienvenida desde las puertas de sus chozas, con un armonioso saludo quechua.

La campanita del pueblo inició de pronto un alegre repique, anunciando a los cuatro vientos nuestra entrada triunfal. Desde el ventano de la rústica torre un muchacho, al mismo tiempo, esparcía a grandes voces y en la lengua nativa, la buena nueva de nuestra llegada. La torrecita circular, sola, erguida en medio del campo y con un techo de paja ennegrecido por el agua de las lluvias, parecía un hongo gigantesco entre el musgo.

A los baladros de ese muchacho se congregaron frente a la choza que ocupábamos unos sesenta hombres. Los rezagados, los que habían tenido que acudir desde alguna majada distante, después de poner en seguro el hato y los que, cargados con un saco de patatas, habían bajado de la loma, llegaban azorados y, cerniéndose por entre los ponchos de los demás inquirían la causa y objeto de aquella cita intempestiva.

Yo dejé de mirar a aquel pueblo en barrullo con los ojos del cuerpo para contemplarlo con los del alma. Mis ideas, como aquellos seres, se debatían en gran desorden. Ninguna anarquía es tan desorientada como la anarquía del espíritu, minado por la duda.

Hubo momento en que sentí temor, casi repugnancia, por aquellos hombres. Sus

bandálicas proezas, acrecidas y transformadas por la distancia, habían dejado en mí un cierto sedimento de prejuicios. La voz general los estigmatizaba, en masa. El índice de la sociedad los apuntaba; allí los bandoleros! Y, por mucho que quiso el espíritu sacudirse del polvo de la opinión pública, hubo momento en que yo también iba a condenar a todo ese pueblo. Pero pensando con Manzoni que, “el creer injustamente conduce a obrar injustamente”, había acudido en busca de la verdad, que es también la justicia.

Si la voz pública, como dice Voltaire “es el estrépito de mil rumores hechos de otros rumores”, nunca es tan injusta como cuando condena. Cuando analtece, es simplemente imbécil. Frente al principio de derecho natural: “*quisquis praesumitur bonus, donec probetur malus*“ (1) la opinión pública de Ambo y Huánuco había formulado este otro: “al quiano se presume malo, mientras no se pruebe ser bueno.

Como Quío hay muchos pueblos infaustos, sepultados vivos en la infamia. Purgan acaso faltas de sus antepasados. Porque si “una falta es una deuda”, “*une faute, c’ est*

(1) Se presume bueno a cualquiera, mientras no se pruebe lo contrario.

une dette”, como dice Paul Bourget (1), alguien debe pagarla. Por eso la primera falta, la del Paraíso, la pagamos todos.

No he olvidado aún, de cuando niño, este decir tan corriente:

“Dor posada al peregrino,
menos al caurino”.

Odiosa exclusión que pone fuera de las obras de misericordia a todo un pueblo. Taras como ésta llevan a veces los pueblos como los hombres, no más que por el capricho y la veleidad populares.

Inadvertidamente había pasado yo de la contemplación a la meditación. El que contempla, sale de sí y se va al exterior. El que medita, se reconcentra en sí mismo. El pensamiento, pararrayos en las tormentas del espíritu, es así: de las centellas del mundo exterior forja radiante y apacible luz para el mundo interior.

Cuando la campana dejó súbitamente de sonar y el pregón de la torre calló, enmudeció también todo aquel gentío. Al contraste del silencio tras la algarabía, volví la mirada hacia la turba masculina que llenaba la pampichuela. Con la cabeza descubierta y greñuda, con el rostro tostado por el calor y por el frío, aquellos hombres,

(1) Nos actes nous suivent. P. Bourget.

envueltos en sus ponchos multicolores, más parecían hechos de bronce que de barro. Un fisonomista habría observado en sus ojos la inquietud que comenzando en un primer momento, por ser simple curiosidad, había concluido por ser temor.

La injusta acusación

Desde el alto corredorcillo del juzgado de paz mi padre que se hallaba rodeado de los *cabezas* del pueblo habló así: “El propietario de la hacienda N. se ha quejado por escrito ante la Prefectura del Departamento, manifestando que un grupo numeroso de vosotros ha invadido su quinta, allanado su domicilio y amenazádole de muerte y con saqueo”.

Un rumor desapacible y cavernoso, cundió en esa aglomeración humana. Sacudidos por una misma fuerza trepidaron todos, dejándose oír el zurrir de los garrotes. Es que nada, ni la misma ingratitud, hiere tanto como la injusticia que provoca en las conciencias libres un gesto de protesta. El hombre que no se rebela ante ella, es un tonto. En efecto, habríase armado un tole si el *yaya*

Lucas, el decano y más autorizado, no hubiera tomado la palabra:

—¡Padre mío, falso! —exclamó. Al mismo tiempo sus rugosas manos se dirigían al cielo. —Nuestro Dios nos ve de arriba. El sabe que todo es falso. Nadie ha querido saquear ni matar. ¡Somos inocentes, padre mío....!

El anciano Lucas no pudo continuar. Las lágrimas fluían de sus ojos en abundancia y ahogábanle la voz. Pero las lágrimas tienen también su elocuencia y con ellas hacía él la mejor defensa de su pueblo.

Un anciano no es un niño y si ambos tienen fáciles las lágrimas, existe esta diferencia. El niño llora y su argumento es el grito. El anciano llora y su argumento es el silencio. Las lágrimas del niño son capricho. Las del anciano, dolor.

Ante el dolor del *yaya* Lucas todos guardamos un silencio respetuoso. Luego mi padre continuó:

“Aquí teneis la queja y el decreto prefectural por el que se ordena a la subprefectura de Ambo dar toda clase de garantías al propietario de la hacienda N.”

Cuando hubo terminado de leer, preguntó:

—¿Teneis algo que decir?

—Sí, *taita*—balbució el juez de paz.—

Verdad es que ahora veinte días el teniente gobernador y yo estuvimos con cinco alguaciles en la hacienda N. Sabíamos que Justiniano Berrospi que mató a Clemente Cárdenas se encontraba oculto allí y fuimos para buscarlo y entregarlo a la Justicia. Los empleados no quisieron darnos razón de nada, amenazándonos votar a balazos. No es cierto que nosotros queramos robar ni matar a nadie. Lo único que hicimos fué cumplir con nuestro cargo.

—Es falso—rabió a su vez el teniente gobernador—lo que dice esa queja. Las autoridades no hicimos más que preguntar y cumplir con nuestro deber.

—Se dice que preparais una invasión—agregó mi padre.

—¡Falso! prorrumpieron todos, a un mismo tiempo.

—¿Quereis entonces vivir en paz con vuestros vecinos y dedicaros únicamente á la labranza de vuestras ricas tierras y a la crianza de vuestro ganado?—preguntó mi padre.

—Si *taita*—exclamaron todos.

—Me complace mucho que así sea—dijo mi padre.—Vivireis felices y se os rodeará de garantías.

—Padre mío—interrumpió el anciano

Lucas,—para nosotros no hay felicidad ni hay garantías.

—¿Porqué dices eso?—preguntó mi padre un poco confundido.

—Yo era dueño—repuso,—hasta ayer de cinco caballos y dos yeguas con los que hacía bajar mis papas a la ciudad. Ahora no tengo sino dos caballos. No es que se hayan rodado ó muerto los otros; no. Están muy vivos a menos de tres leguas de aquí. Pero nadie podrá hacer que vuelvan a mi poder. Lázaro Jauni los arreó anoche a su estancia de Chaulán y cuando mis hijos que, siguiendo el rastro llegaron hasta allí, le rogaron que se los devolviese, Jauni les soltó dos caballos diciéndoles: “no volvais más, perros miserables, porque me vería obligado a mataros. Me quedo con estos otros cinco por que me cuesta mi trabajo”.

Seres hay que piden su pan al cuchillo y dicen: ¡mi trabajo!

El *yaya* Lucas tenía razón. Mientras se acusaba a su pueblo, en masa, de supuestas é imaginarias invasiones, eran él y sus hijos las víctimas propiciatorias del pillaje. Las autoridades del pueblo nada podían contra el vandalaje organizado. Su voz nunca tuvo eco en los poderes públicos. Es que el robo contra los débiles es un robo con garantías.

La justicia fué siempre ciega y sorda

para Quío. Y si la acusación es el principio de la justificación, acusación y condenación fueron una misma cosa para este pueblo; viviendo así al margen de las leyes tutelares. Quío no es seguramente la tierra de los hombres justos. Quío no habría inspirado a Platón las hermosas páginas de *La República*. Pero, purificado por el dolor y dignificado por el trabajo, trataba de borrar el estigma que sus malos hijos le conquistaran. Ellos habían muerto ó alejándose del terruño para vivir nómadas, de la rapiña y del asalto. Las viviendas dismanteladas del pueblo daban testimonio de ello.

Ahora bien, ¿debía hacerse responsable a Quío de los actos delictuosos por ellos perpetrados? ¿Tiene que hacer algo la actual Holanda, por ejemplo, con sus filibusteros de otros siglos? Jehová no habría fulminado su cólera sobre Sodoma y Gomorra, si en ellos hubiese encontrado un solo justo.

Quío, en horas más aciagas, recibió, con otros pueblos, la visita de la gendarmería. Una estela nefasta marcó su paso: el latrocinio, el incendio y la muerte. Es que el gendarme no investiga: acuchilla. En todo caso la investigación viene después; para el más abundante botín.

Por eso habíamos ido nosotros sin otro uniforme que el común anhelo de restañar

las heridas de un pueblo adolorido, convencidos de que la justicia vale más que la fuerza, de que la persuasión mueve mejor a las almas que la violencia, de que el ejemplo y la educación son más eficaces que las leyes escritas. Porque es inútil pretender cambiar las costumbres y maneras del pueblo indígena con leyes creadoras de comisarías *ad honorem*. A costumbres y maneras hay que oponer nuevas costumbres y nuevas maneras. De allí la importancia de una verdadera instrucción, de una educación verdadera. Ambas “se adquieren al contacto de las cosas” (1).

Nazcan entonces, en buena hora, las instituciones llamadas a transformar en bella realidad las teóricas afirmaciones de resurgimiento de la raza indígena. Créense las escuelas rurales, vocacionales y de artes y oficios para el indio y por el indio. Cruzen las carreteras y los ferrocarriles la región andina, estrechando con vínculos indisolubles de afecto y mutua comprensión a los pueblos, pues, es cierto, por desgracia, que “comarcas despobladas y con escasos y malos caminos influyen en el bandolerismo” (2).

Respétese y hágase respetar los derechos

(1) Hipólito Taine: *Revue Philosophique*.

(2) Lombroso: *Medicina Legal*

del indio a la vida, a la libertad, a la propiedad; amparando las tierras de comunidad contra la insaciable codicia del gamonal. Nómbrense autoridades conscientes y consecuentes, repudiando a los aventureros del poder que convierten las prefecturas y subprefecturas en centros de expoliación de la raza autóctona. Desplieguen celo los magistrados en la administración de justicia, en la que el indio no sienta siempre, por su inferioridad material é intelectual, el peso de la infalible condena. Dense leyes, pero leyes que guarden relación con las costumbres y las necesidades indígenas, en tal forma que pueda el legislador repetir la respuesta de Solón con respecto a los atenienses: “les he dado las mejores leyes que podían recibir”. Fórmense sociedades protectoras de la raza. Hablen los periódicos y las revistas sobre ella y sea nuestro más caro ideal su pronto engrandecimiento. Hágase esto y mucho más y el Perú estará en vías de resolver el problema de su *nacionalidad*.

Aquella noche

Cuando se hubo dispersado la muchedumbre era ya de noche. A la luz de una fo-

gata que una chicuela, embutida en su ropa, alimentaba regularmente con manojos de paja, nos sentamos a comer la cena frugal que se nos había preparado. El recio frío del medio ambiente hacía que permaneciésemos cobijados en el interior de la choza. Las autoridades no querían omitir atención alguna en obsequio nuestro.

Entre los presentes noté la presencia de un joven como de veinticinco años, cuyo lenguaje menos incorrecto que el lenguaje de los demás, revelaba alguna cultura. Era el *maestro*.

He dicho el maestro. En efecto, los niños de Quío tenían también escuela y aprendían a leer. No importa que los presupuestos del Estado no consignasen una partida para la instrucción en ese pueblo. Quío, *motu proprio*, había buscado a su maestro y sabía como sostenerlo.

Ese humilde y honrado obrero de las filas del magisterio recibía mensualmente *veinte centavos* por cada niño. Además se cultivaba un lote de tierra para él y, llegada la cosecha, cada padre de familia le cumplimentaba haciéndole la entrega de dos sacos de patatas.

Departimos amigablemente. Le manifesté que tenía en mis alforjas un paquete de libros de lectura, cuadernos y otros objetos

escolares los que deseaba poner personalmente en manos de los niños de su escuela, ofreciéndole hacer una visita con este fin al día siguiente.

Luego entablé cordiales relaciones con Agustín Montalvo, el teniente gobernador. Mozo aún, comunicativo, jovial y cariñoso terminó por convertirse para mí en *Acucho*.

Su fama de magnífico cazador de venados había volado hasta mí y, como me halagara correr los riesgos de una cacería, convenimos en salir al siguiente día a hacer un reconocimiento del terreno, según decía él.

Por el momento me brindaba dos pellejos de venados, cazados ambos la víspera. Los acepté gustoso y no tardaron en traérmelos. Estaban frescos.

Como reciprocidad me encargó que, una vez en Lima, le enviase cartuchos de Savich No. 30 y Winchester No. 44.

Naturalmente que no hay venados sin balas, así como no hay balas sin pólvora. Además estas deben ser buenas porque los venados no son borregos, como decía graciosamente *Acucho*.

Ofrecí buscarlas en Lima, si bien para mis adentros pensaba que obsequiar un cartucho a *Acucho* bien podía ser obsequiar una mala bala a cualquier prójimo. No está vedado cazar un venado, pero sí lo está ca-

zar un *lobo*, diría Hobbes; nosotros decimos: un *hombre*. Por ello, en vez de cartuchos de Savich y Winchester, le mandé nuevos útiles escolares para sus hijitos, *¡cartuchos contra la ignorancia!*

A las ocho nos dejaron solos. Sentíamos intenso frío y, sobre poyos cubiertos de abundante paja, improvisamos nuestro lecho.

Yo había colocado mi reloj bajo el poncho que me servía de cabecera. Una araña que chirria en el ángulo de una habitación, un renacuajo que croa en el lamedal próximo. ó el viento que silva en el resquicio de una puerta turban la paz y quietud de la noche. Parece que, en esas horas, llevásemos micrófonos en los oídos.

El monótono tic-tac de mi reloj se avivaba, como si tratase de devorar al *tiempo* que, según la concepción bergsoniana, no es sino *espacio*, deseoso acaso de traspasar los umbrales de la pura é interminable *duración*: la Eternidad.

A despecho de la fatiga, aquella noche me fué difícil conciliar con el sueño. Las múltiples impresiones del viaje adquirían colorido y movimiento en el escenario de la imaginación. Montañas y abismos surgían ó se abrían en mi mundo interior y los mustios paisajes de las serranías con sus azules cielos, salpicados de vez en cuando con blan-

cas nubecillas, reaparecían unos tras otros.

Pero junto a las grandezas de la Naturaleza hacía su aparición la grandeza de las miserias y dolores del indio. Vejado, expoliado y denigrado, parece que quisiese, refundido en las agrestes serranías, ocultar su desgracia y pesar, escapar de las garras crueles de los hombres del llano y abandonar la tierra que se le niega, buscando albergue entre las nubes....

Presenciaba yo en esas horas el derrumbamiento de los prejuicios y de las imposturas contra ese pueblo, viendo brillar la aurora de su inocencia. ¿Quien no ha tenido su noche de vigilia frente a ese duelo a muerte que traban en el interior las viejas ideas y los afectos añejos contra los nuevos? Momentos son esos en los que se rompe bruscamente la continuidad de la vida del espíritu; en los que los estados de conciencia sufren sorprendentes metamorfosis, siendo hoy la antítesis de ayer. Por eso, antes que la corriente apacible del filósofo, la vida síquica es la cascada que se repite. ¿Dónde estará el remanso? Más allá de la última cascada.

Alegría matinal

A la mañana siguiente, ocho personas se hallaban sentadas en los poyos del cober-

tizo del juzgado de paz, si bien mi padre y yo valíamos apenas por uno: tal estábamos de frío.

Esperábamos que el sol, que en esos instantes doraba ya con su luz las elevadas cumbres, dirigiese sus rayos a la quebrada para calentar nuestros cuerpos ateridos.

Yo por mi parte aguardaba también la llegada de Acucho quien la noche anterior me había ofrecido bajar de su estancia a la salida del sol, aparejado para emprender una cacería.

No se hizo esperar mucho. De pronto surgió de una hondonada y, a galucha, descendía por la falda de un cerro que teníamos frente a nosotros.

Terciado el savich a la espalda, jinete en pelo en un vivísimo *chusco* (1), Acucho, antes que un pacífico indio, parecía un piel roja en son de guerra. Cuanto más se aproximaba hacia nosotros, batiendo los ijares, azuzaba mas al animal que galopaba ya en la pampichuela vecina a la choza que ocupábamos.

Sea que el *chusco* notase algo extraño en el grupo: un terno azul, una gorra ploma, unas polainas amarillas, unos guantes cabretillos y un bufandín blanco; dentro es-

(1) Chusco: caballo pequeño.

taba yo: sea que los pellejos de venado que había sacado a secar y que se hallaban tendidos sobre la hierba lo espantasen, lo cierto es que, antes de terminar su carrera, hizo cerca de nosotros un movimiento brusco de empaque, con tan mala suerte para Acucho que, saliendo disparado por un flanco, dió una voltereta en el aire y vino de espaldas al suelo con un aparatoso baquetazo.

Una estrepitosa carcajada salió a coro del grupo. Acucho sin inmutarse se levantó, estregó las adoloridas nalgas con las manos, revisó el savich en sus diferentes partes y, encontrándolo en perfecto estado, rió también de buen grado.

Dió dos fuertes palmadas en el anca del inquieto animal y vino luego a saludarnos. Vestía sencillamente al igual que los demás. Los pantalones eran de jerga negra y llegaban un poco más arriba de los talones, sin mostrar las dimensiones exageradas del antiguo calzón que, por su forma campanuda, recibió de las gentes de la ciudad el nombre despectivo de *campana-calzon*. La camisa era de tocuyo de color y no tenía nada que envidiar de las mejores camisas *Anchor*, a no ser su *réclame*. En vez de los *shucuyes* (1) de los otros, calzaba zapatos mar-

(1) Shucuyes: especie de sandalias hechas de pellejo.

gosinos de cuero raspado, parecidos por su forma a los zuecos. Bajo de estatura, como la generalidad de los indios, ostentaba una contextura vigorosa. Sus fosforescentes ojos despedían chispas cual si fuesen dos grandes luciérnagas. Sus labios, al reír, se contraían acentuando más la encorvadura de su nariz de cóndor.

Indiscutiblemente Acucho era un guapo prototipo de la raza.

Convenimos en salir a la primera correría a eso de las diez, después que hubiésemos hecho un ligero almuerzo y alistado el fiambre para la tarde, porque no sería posible estar de regreso antes de las diez de la noche. Los preparativos para la caza corrían en su totalidad, por cuenta de Acucho el que llegada la hora, daría la voz de partida desde la torrecita.

A las ocho en la quebrada, inundada de luz y calor matinal, todo era rumor, vida y alegría. ¡Mañanas del Ande, diáfanas y frescas, apacibles y evocativas!... Las indias con la larga y abundante cabellera, suelta y caída sobre los hombros, se solazaban con sus diminutos vástagos, tendidas en el césped que crecía al contorno de las chozas. Otras, las *jipash*, sentadas en las piedras del borde del riachuelo, estaban afanadas en escarmenar las hermosas trenzas ó lababan

cuidadosamente en la espumosa corriente las rrollizas piernas, tormento e ilusión de los *japallan--ollgocuna*, (1).

Los rebaños, conducidos por los zagales, se desiminaban libremente en los cerros, afinando toda una gama cromática de balidos que, merced a la distancia simulaban órganos conventuales que salmodian. El cayado de los pastores, batuta de aquel desaliñado coro, indicaba de vez en cuando la ruta por seguir. Los corderuelos chozpaban alegremente en torno de las madres, al igual que los niños saltan de regocijo en torno de las suyas al recibir la propina.

Los gorriones asociados a otras avecillas desconocidas improvisaban en las ramas de los saucos y alisos armoniosos conciertos, mientras otros se calentaban sobre la yerba extendiendo las alitas al sol.

Los indios se encaminaban por las laderas, *chaqui--taclla* (2) al brazo, hacia los sembríos de papas, ocas y ullucos, cuyas florecitas, moradas y amarillas respectivamente, engalanaban a trechos el suelo.

La voz inculta de algun zagal enamorado resonaba debilmente en la quebrada.

(1) *Japallan--ollgocuna*: solteros.

(2) *Chaqui-taclla*: instrumento de labranza que hace de arado y que se clava en tierra con ayuda del pie, *chaqui*.

Las amorosas endechas, en las que el quechua alternaba con el castellano mostrando el tránsito del indio de antaño al de hoy, decían así:

“De aquel cerro verde
bajan las neblinas,
de tus lindos ojos
agua cristalina”.

“*Ima pari, urpi*, (1)
yo te conocí;
antes de conocerte
huañucuman--carga” (2)

Va haciéndose algo raro, en efecto, el encontrarse con indios de las serranías de Huánuco que no entiendan en absoluto el castellano. Sus frecuentes viajes a la ciudad y su contacto con los de habla castellana van operando un cambio paulatino pero notorio, no solo en lo que se refiere al quechua que deja de ser el idioma exclusivo, sino también en las castumbres, creencias, vestidos y diversiones.

Por lo que atañe a Quío hay que decir, en obsequio a la verdad, que un etnólogo se encontraría con un problema por resolver: él de saber hasta que punto el aborígen conserva las características de la raza en toda

(1) *Ima pari, urpi*?: para qué, paloma?

(2) *Huañucuman--carga*: me hubiera muerto.

su pureza. En cuanto a la lengua los quianos hablan el castellano sin dejar por ello de hablar también el quechua. En cambio, las quianas, en su generalidad, no pueden gastarse el lujo de políglotas y solo entienden el quechua.

Mi grano de Arena

Abracé al maestro que vino a acompañarme en mi visita a su escuela y tomando el lote de libros y demás objetos escolares nos dirigimos allá.

Veinte niños, sentados en los poyos de una habitación a la que llamaremos corredor, se entretenían mirando con asombro como uno de ellos, el más travieso debiera ser, encendía fósforos con solo frotarlos en el borde de una cajita.....

Tan pronto como nos vieron acercarnos, se pusieron de pié, saludándonos con una pequeña venia de cabeza y un rumor de labios que no alcancé a distinguir bien. Debíó ser un "*buenos dias*".

A invitación mía volvieron a sentarse. Luego les interrogué individualmente por

el nombre. Todos sabían darlo, menos uno que al preguntársele como se llamaba contestó: «*manam, taita*». El maestro observó que ese niño concurría por primera vez.

Noté que, durante la visita, no cesaban de mirar con gran interés mi vestimenta. Los calzados y polainas particularmente les llamaban la atención. Ellos llevaban en los pies pequeños *shucuyes* sobre medias gruesas de lana, pantalones bajos, una camisa y sobre la camisa un diminuto ponchito. Parecían uniformados.

Pronto perdieron ese temor y cobardía propios de los niños de aldea. Les había inspirado confianza y terminaron por mirarme con la cara risueña, como a un buen amigo. El maestro es un amigo de la niñez y ¡qué amigo: el mejor!

No tenían libros de lectura. Tres cartillas que alguna vez fueran de papel blanco y que ahora eran de color negruzco, alternaban en las manos de esos humildes escolares. Pizarras, mapas, grabados, nada que pudiera ayudar al maestro en su paciente labor, existía allí. La carencia de elementos de enseñanza no podía ser más completa.

No era extraño entonces que entre ellos no hubiese uno que alcanzase a leer siquiera medianamente. Unos silababan, otros de-

letreaban y era de ver como se esforzaban en repetir: “jota - a, ja”; “ache - a, a”....

Este procedimiento, anticuado y absurdo, no ha servido más que para torturar la inteligencia embrionaria del niño que no podrá nunca comprender como “ache - a sea, a”.

Tomé una tiza y en la puerta que era de tablas, a diferencia de todas las demás del pueblo que eran de maguey, tracé con grandes caracteres las palabras MAMA, PAPA. Empleando el método moderno de las palabras normales traté de conseguir que mis alumnos se familiarizasen con él.

En posesión de los ocho libros de lectura, los niños contemplaban sonrientes el primer grabado y repetían satisfechos: “esta es mi mamá”.

El maestro, por su parte, tomó debida nota de mis indicaciones, prometiéndome ponerlas en práctica.

Acto seguido improvisé una sencilla clase de Geografía. Era necesario que aquellos niños conociesen la situación del terruño con relación a otros pueblos; para lo que tomé como puntos de referencia Ambo, Huánuco y Lima. Ponderé la bondad de sus producciones; de sus patatas, más sabrosas que las de Huariaca y Huancayo, que las de Chile ó cualquier otro país; de sus extensos

pastales, propicios para criar numerosos rebaños y de la riqueza que significaría para ellos el poder expender el ganado, la leche, los quesos, la mantequilla, las carnes secas, la lana, las pieles etc., en mercados lejanos.

Les hablé de como para ello era preciso vencer grandes dificultades é inmensas distancias; de la conveniencia, más aún, de la necesidad de tener buenos caminos; de como en pocos años y merced al servicio de conscripción vial que todo peruano, mayor de 18 años y menor de 60, está obligado a prestar, se podría llevar en dos días toda clase de productos hasta Lima, es decir, hasta un lugar en donde la demanda de esos artículos es muy grande: del entusiasmo con que se trabajaba en todo el Perú en la construcción de caminos carreteros y de como no eran solo los quianos los que bajaban al valle a cumplir con ese deber cívico y patriótico.

Un niño como de 14 años se quejó de que su padre no quería que él bajase también a trabajar en la vial....

Cuando hube terminado, me despedí ofreciéndoles volver al día siguiente, y me retiré más gozoso que si hubiera hablado en la Sorbona, seguro de que así ponía yo mi grano de arena en el adelanto de la raza indígena, a la que hay que levantar con justicia y con amor.

Abuso, aguardiente, **analfabetismo**

Urge decir aquí una palabra sobre nuestro problema indígena. El lector habrá podido notar que estas páginas no son escritas por mero pasatiempo ni que son forjadas por una imaginación brillante para deleite de los que buscan, a través de los libros, novedad y solaz o gracia y arte, exclusivamente. Ellas son la expresión de impresiones, humildes y deslucidas por ser trazadas por una pluma también humilde y deslucida, pero sinceras y reales por brotar al contacto de la misma vida. Ellas desean dar a conocer las costumbres actuales del indio, sin recurrir a la leyenda, a las descripciones del cronista ó a las antojadizas opiniones de los que, *a priori*, se entretienen en subrayar sus defectos y sus vicios. Ellas anhelan despertar en el corazón vibrante de la juventud verdadero afecto por la causa indígena; atraer la atención de los poderes del Estado hacia los pueblos de la Sierra y hacer que palpite en nuestro ambiente intelectual el

noble ideal de resurgimiento de nuestra raza.

La historia del Perú republicano, en sus cien primeros años, es la historia de cien revoluciones. Pero esas revoluciones no pasan de simples revueltas; es decir, de cambios momentáneos de personajes, sin ideales político - sociales que realizar. Años de lucha mezquina en los que el indio es el juguete y la víctima de las pasiones insanas. Puede afirmarse que su situación dolorosa y denigrante de la Colonia no solo se conserva sino que se recrudece en la República.

Esta triste situación perdura aún, pero, placentero es constatarlo, el anhelo de remediarla se abre paso, día a día.

Sin salir de los estrechos márgenes de estas páginas hay pues que señalar las principales causas que originan la ruina moral y material de la raza autóctona, tratando de sugerir al mismo tiempo algunas formas de conjurar el mal.

El indio sufre el envilecimiento de una triple tiranía: *abuso, aguardiente, analfabetismo*. Con otras palabras: *injusticia, indiferencia, ignorancia*.

El abuso es la injusticia en acción, es el escarnio a la debilidad, es el menosprecio del derecho. El indio siente a diario el peso de la injusticia sobre sus espaldas. Fuera

empeño fútil aquel que quisiera poner en tela de duda esta afirmación.

La injusticia humilla y confunde primero, desmoraliza y envilece después, indigna y rebela finalmente. En los dominios del abuso y de la injusticia, rebelarse es una virtud y perpetrar el crimen una necesidad. Por ello, parafraseando este pensamiento del gran Victor Hugo: “destruid la cueva ignorancia y habreis destruido la sima crimen”. (1), más exacto fuera decir: “destruid la cueva injusticia y habreis destruido la sima crimen”.

En el antro horroroso del crimen, en efecto, la ignorancia podrá ser una ventana, pero la injusticia es la puerta. Por ella ingresa casi siempre el criminal. ¡Cuántas veces la escuela no sirve más que de antesala de la cárcel....!

Pero, ¿quienes son injustos con el indio y abusan de él? Todos; desde el Estado que no hace por él todo lo que está obligado a hacer, hasta el último funcionario administrativo que hace todo lo que está impedido de hacer, en contra suya; desde el intelectual indiferente que lo mira con desdén y solo acierta a rebajarlo, hasta el último explotador donde quiera que él se encuentre y como quiera que él se llame.

(1) Los Miserables.

¿A quienes corresponde entonces realizar esa cruzada de amor y de justicia en pro del indio? A todos, sin que nadie se crea exento de ese deber de patriotismo y de humanidad.

La justicia es la felicidad de los pueblos y si “el más dichoso de los hombres es el más justo”, según Platón, (1) el mas justo de los pueblos es el más dichoso.

El aguardiente, lo saben todos, es uno de los más terribles azotes del indio y uno de los artículos de mayor comercio con él. Es decir que se explota indignamente un vicio suyo con daño inequívoco del individuo y de su prole y con pingües ganancias para los productores y traficantes de tan funesta bebida, sin que el Estado haya aún cumplido con el deber imperioso de proscribir por completo su elaboración y su expendio.

Dolorosa observación demuestra que el indio que casi desconoce el empleo del azúcar, privándose de un elemento tan útil en su régimen alimenticio, no puede prescindir del aguardiente que con tanta abundancia y facilidad se le brinda y que le acarrea tantos y tan perniciosos males.

Corresponde al Estado transformar la hacienda - alambique en hacienda - fábrica y

(1) La República.

hacer que el aguardiente se trueque en azúcar, sino se quiere ver al indio sumido en la abyección que lamentamos y consumado el desprestigio de nuestra raza.

El analfabetismo en nuestros pueblos andinos es aún muy grande. Solo una campaña verdaderamente apostólica podría despejar la densa niebla de la ignorancia en que viven. En cuanto al entusiasmo y esfuerzo con que debemos emprender la obra, Méjico es un ejemplo; si bien, por desgracia, los métodos empleados allí deparan para el futuro funestas consecuencias. Imitemos entonces su entusiasmo y evitemos sus errores.

No basta enseñar a leer y escribir al indio. Preciso es enseñarle a vivir; sin despreciar, en ese magisterio, el alto valor educativo de la religión, porque sobre la ignorancia del abecedario está la ignorancia del decálogo y porque, como dice muy bien Montesquieu, “cuanto más creyese deber a la religión, tanto más creería deber a la patria”. (1) Y a la Humanidad, podría añadirse.

El lector va a permitirnos desarrollar algo más este importante punto.

(1)—Espíritu de las leyes. Pag. 161-T. II

Instrucción y educación

Es un error lamentable, difundido entre nosotros, el esperarlo todo del Estado y el creer que es él el único llamado a emprender y realizar la campaña redentora del indio. De allí que la actitud general sea la actitud pasiva del simple espectador que se contenta con hacer comentarios a las cifras del Presupuesto y a los decretos supremos.

Claro está que la iniciación y dirección de este movimiento salvador corresponde al Estado que aún no ha consignado en su Presupuesto los fondos necesarios para la realización de una empresa de tanta trascendencia. Claro está que el ciudadano no puede asumir las funciones del Estado ni llenar, por consiguiente, los vacíos de la Administración.

Los pueblos indígenas necesitan maestros de verdad y con preparación profesional adecuada. El Estado debe prepararlos y rodearles de los elementos y garantías indispensables para el fiel cumplimiento de su misión.

Los pueblos indígenas necesitan centros apropiados de instrucción con programas especiales que desarrollen una enseñanza eficiente y provechosa, de acuerdo con sus necesidades y con su idiosincrasia. El Estado debe crearlos y velar por su regular y eficaz funcionamiento, sin circunscribir solo a determinadas zonas su atención y pensando que las peores economías son las que se hacen con menoscabo de la instrucción en nuestras comarcas indígenas.

Pero junto a esta labor del Estado, intensa y perseverante, debe estar la labor del ciudadano, decidida y abnegada. La obra del Estado sería tardía e incompleta si, relegado a sus propias luces, no se sintiera secundado y aleccionado por el patriotismo, por los conocimientos y la experiencia de los particulares.

De allí que, como en Méjico, se hace necesario organizar ejércitos de ciudadanos conscientes y patriotas que abran una resuelta campaña contra el analfabetismo. Particularmente es a la juventud que estudia en los centros de cultura superior y que luego se desparrama por el territorio de la República en los meses de vacaciones, a quien corresponde encabezar y llevar a feliz término tan noble cruzada. Nada hay imposible para una juventud idealista que no se arre-

dra ante las mayores dificultades cuando ha puesto sus bríos juveniles al servicio de una causa digna de ella.

Visto el fracaso de los teorizantes, de los hombres que con cantar la Marsellesa creen libertar al Mundo, la juventud encontrará en las cumbres de nuestros Andes horizontes para su gran corazón.

Hay que levantar al indio por la instrucción y la educación. Ambas deben seguir un proceso unitario. La instrucción va principalmente a la inteligencia; la educación principalmente a la voluntad y los sentimientos. Por eso la instrucción sin la educación es peligrosa y la educación sin la instrucción es insuficiente. La instrucción hace apto al individuo para el bien como para el mal. Solo una sólida educación hace que el hombre se encamine por la senda del bien, convirtiéndolo en un elemento provechoso y en un factor de progreso dentro de la convivencia social.

En la regeneración espiritual de nuestro indio hay que tener presente no solamente los factores materiales é intelectuales, sino también los morales, estéticos y religiosos. Que sepa que su vida debe desenvolverse de conformidad con las normas morales, creadoras de un generoso altruismo y que su libertad é interés están supeditados a la

razón y a la Moral. Hasta el estómago tiene un moralizador: la indigestión! Que su sentido estético sea cultivado con la ennoblecedora fruición del arte, para el que revela especial predisposición. La música sentimental de sus *huaynos*, *coronguinás* y *cachuas*, así como la poesía rebotante de romántica tristeza, dan testimonio de ello. Que, a despecho del fácil abolicionismo de los que impugnan lo que ignoran, se purifique y enaltezca los sentimientos religiosos del indio, destruyendo las supersticiones que los deforman y librándolos al mismo tiempo, del ateísmo teórico de los que pretenden el absurdo de una escuela sin Dios, pues aún desde el punto de vista simplemente práctico, más valdría que fuera, en el peor de los casos, fanático y no ateo. Me refiero á la autoridad de Montesquieu, Rousseau y otros sociólogos.

Hemos hablado incidentalmente de la religión; no podemos concluir estas líneas sin referirnos también al sacerdocio. La misión divina por él recibida tiene en nuestras comarcas indígenas vasto campo propicio para arrojar la cimiento y hacer quegermine en las almas, mediante una celosa y apostólica propaganda y el ejemplo de una vida acrisolada.

Olvidar el fin de su redentora misión ó

posponerla a fines egoistas, mercantiles o políticos es renunciar a su calidad de *sacerdote*, es convertirse en el más terrible flajelo de los pueblos, es estar contra Cristo.

Con tres palabras, *Luz, Justicia, Paz*, podemos resumir las anteriores líneas. Los pueblos indígenas están ávidos de la luz de la instrucción, anhelan el reinado de la justicia y esperan una era de paz a base de justicia, verdad y amor. Para ello tres apóstoles son necesarios: Luz el maestro, Justicia el magistrado, Paz el sacerdote.

En busca de Venados

A eso de las diez de la mañana cuatro jinetes, siguiendo el curso del Quío, aguas abajo, se perdían en la tortuosidad de un camino.

Eramos Acucho, Shulpi, Imicho y yo.

Frente a la choza que está en el extremo del pueblo una indiecita, desconocida para mí, salió a nuestro encuentro y, en términos cordiales, me invitó a que almorzara en su casa. Decliné agradecido la invita-

ción manifestándole que tendría grande gusto en hacerlo al día siguiente.

Cuando hube dado el alcance a mis compañeros de caza noté cierto descontento en ellos que no alcanzaba a explicarme. Acucho se apresuró a mostrarme la causa.

—Mala seña, *taita*,—me dijo secamente.

—¿Que pasa? pregunté.

—No encontraremos ya venados,—repuso.

—¿Pero porqué?—insistí, pareciéndome enigmático el *ya* que pronunciara con énfasis Acucho.

Las mujeres son mala seña. Cuando nos cruzan en el camino los venados se espantan y se van—advirtió Acucho con aires de adivino.

Me habría reído, pero comprendiendo que estaba frente a una de las tantas supersticiones que anidan en el alma del indio, me limité a objetar:

—¿Qué tienen que hacer las mujeres con los venados?

—Son mala seña—afirmó nuevamente Acucho, sin aportar mayor argumento pero invocando su experiencia de cazador.—No me acuerdo haber cazado una sola vez después de haber encontrado mujeres en mi camino.

No me satisfizo la manera de razonar

de Acucho. El indio no averigua el porqué de las cosas. Le basta el fenómeno, sin preocuparse del noumeno, Es mal filósofo. Podría acaso ser buen científico. . . .

Imicho creyó oportuno hablar:

—Por eso—dijo—salimos ocultos del pueblo y bajamos por la *shalla* del río.

¡Cabal! Salían siempre a hurtadillas, caminaban por andurriales y jamás veían á mujer alguna. ¿Cómo podían entonces considerarla *mala seña*? ¡Una injusticia más para con el sexo débil. . . .!

Naturalmente que lo propio habria sido renunciar a una jornada inútil y volver las riendas hacia el pueblo. Así me lo dieron a comprender mis colegas. Empero yo que no participaba de esos credos, manifesté mi deseo de continuar adelante, convencido de que las faldas de las mujeres nada tienen que ver con las faldas de los cerros por donde pacen los chúcaros venados.

Mi voluntad fué ley y así la caza se libró de morir en sus comienzos. A través de los ademanes involuntarios de Acucho y de los otros adiviné que para ellos la cacería había concluído y comenzado la correría.

Acucho llevaba el *savich* colgado del hombro derecho: el arma lista para el ataque. Lo descolgó y lo cruzó por delante de sí, ajustándolo con las rodillas en el borrén

de la montura: el arma que está demás y que estorba. Ató el bolsón que, a manera de escarcela, llevaba en la cintura y como crucieran los cartuchos debajo del poncho, me dijo con ufanía:

—Son buenos.

—Seguramente —repuse, rehuyendo discutirle la calidad de objetos para mí desconocidos.

—Nunca hemos vuelto sin llevarnos un venado—terció Imicho, cuyo *chusco* montado en pelo marchaba adelante, haciendo curiosos escarceos.

—Será la primera—agregó Shulpi, seguramente después de cerciorarse por su coca, pues hacía rato que su mano derecha entraba y salía del *huallqui*.

—Sea—dije—pero ello no será capaz de destruir el prestigio y el renombre de unos cazadores como ustedes.

—Es que deseábamos cazar contigo—observó Acucho.

—No es tarde—repuse.

Sí—dijo Acucho—volveremos otro día.

—Hoy—afirmé, tratando inutilmente de desvirtuar el desastroso efecto causado en el ánimo de los otros el encuentro con aquella hospitalaria india.

Entre tanto habíamos llegado, haciendo una suave descensión, a Quío-pampa,

así llamado por lo llano del terreno sin que por eso no se vieran pequeñas elevaciones por los flancos y grandes rocas en el centro. Un estratega habría notado inmediatamente que el lugar era apropiado para desarrollar un plan de combate.

Quío-pampa, en efecto, había sido teatro de una terrible refriega. Shulpi, uno de los pocos sobrevivientes de aquella jornada, a la vista del campo evocó el recuerdo de la batalla.

Chaulános y Quílanos

—¿Ves esa cruz, *taita*?—me preguntó gravemente, como quien se dispone a narrar una triste historia.

—¿Qué cruz?—interrogué, pues no la veía.

—Allí está—se adelantó Acucho, Miré hacia el lado que su brazo extendido me mostraba y, más o menos a ochenta metros; distinguí efectivamente una humilde cruz que, sobre una peana de piedras, abría, solitaria, sus brazos al campo.

Una cruz es una luz. Luz que entristece unas veces; que consuela otras; pero que

ilumina siempre. Donde quiera que se alce, sea en el ábside de un templo, sea sobre la fosa de nuestros muertos, la cruz es y seguirá siendo la más sublime lección de altruismo, la más hermosa prueba de amor, el símbolo más grandioso para la Humanidad.

—Aquí fué, *taita*, el combate—dijo Shulpi comenzando la incoherente relación de la tragedia, abrumado por sombríos recuerdos.—A las once no había ya cartuchos. Habíamos peleado desde las siete de la mañana. Fué, *taita*, el 5 de octubre de 1924. Ezequiel Flores era buen tirador, licenciado del ejército. Cayó a mi lado. Cayeron también Baldomero Castañeda, Pedro Ríos, Andrés Salazar, Serapio Cristóbal y otros cinco más. Los chaulanos, más de ciento veinte, nos habían acorralado bajando por aquella quebrada de Capayán. Habríamos muerto todos si el jefe de los chaulanos que estaba bien parapetado no hubiese caído *seco*. Quiso avanzar, sacó la cabeza y antes que se pusiera de pie recibió un balazo que le voló los sesos. Aprovechamos de ese rato para escapar por tras de aquella *pata*; solo cuatro habíamos salvado.

Shulpi calló. Yo conocía en detalle todo aquello; más aún, deseoso de saber el porqué de ese odio mortal de pueblo a pueblo, había llegado a la misma causa. Siempre es

útil hallar el origen de la ruina de los pueblos.

Chaulán es un pueblo del distrito de Margos, perteneciente a la provincia de Huánuco. Quío lo es del distrito de Cayna en la provincia de Ambo. En esto y en ser limítrofes está la clave de la explicación. El engranaje administrativo de prefectos, subprefectos, gobernadores y tenientes gobernadores está condenado, particularmente en nuestras serranías, a correr la suerte de los mecanismos complicados. Un elemento malo basta para que las disposiciones del poder central, inspiradas quizás en la más alta idealidad de justicia, se conviertan en letra muerta cuando no en motivos de expoliación y escarnio. Habría que citar aquí el nombre de muchos subprefectos, caballeros andantes de la aventura y de la iniquidad, y narrar su gesta negra para vergüenza y confusión de los mismos, para asombro de la posteridad y para escarmiento del poder que debe desoir siempre las lisonjas de los lacayos. Pero nuestro móvil no es el odio, siempre torpe y nocivo, sino el amor; nuestro papel no es el de juez, menos el de verdugo, sino el de hombre de buena voluntad; nuestro ideal no es condenar, es remediar y salvar. Por eso vamos contra la injusticia y el

abuso; el nombre del opresor nos es indiferente.

En posesión de la clave veamos la causa.

Crispiniano Navarro era, hasta fines de 1923, un afortunado quiano. Su amor al trabajo, su honradez y su constancia le habían dado una modesta fortuna. Su ganado vacuno y lazar bien podía pasar de quinientas cabezas, vida y alegría de la estancia de Quero-cocha en ese entonces, hoy convertida en pastales abandonados y sombríos.

Casado con una chaulana vió crecer su patrimonio sin que chaulanos ni quianos conspirasen contra la integridad de sus bienes. Quío lo respetaba por ser quiano él; Chaulán, por ser chaulana ella. Una ventaja indiscutible de ese matrimonio exogámico se desprendía para Crispiniano.

Producido el distanciamiento entre uno y otro pueblo, Chaulán asoló las estancias de Quío que a su vez hizo lo propio en las de aquel. La ley del Talión, *«diente por diente, ojo por ojo»* entró en vigencia a la sombra de la más completa indiferencia de la prefectura de Huánuco que no consiguió conjurar el peligro y acaso ni siquiera sospecharlo. Crispiniano no debía gozar por mucho tiempo de las garantías que graciosamente se le concedían.

La envidia germinó en el alma de unos malos quianos y una noche la mitad de sus ganados había desaparecido. En peregrinaje doloroso Crispiniano acudió a la gobernación de Cayna, luego a la subprefectura de Ambo y por fin a la prefectura de Huánuco. Pensaba ser oído, pero su voz en todas partes fué la voz del desierto. Otra noche el resto de sus ganados había sido robado íntegramente. Donde acaba la justicia social principia la justicia personal. Crispiniano juró hacérsela y, en su encono y despecho, levantó un pueblo contra otro. El grito de Catón: «*delenda est Cartago*» repitiéndose en la Historia.

El primer ataque fué el 9 de marzo de 1924. Quío merced a sus vigías, conoció el peligro y huyó. Las chozas fueron reducidas a cenizas. La quiana Vicenta Ríos se encontraba escondida, en unión de dos mujeres más y dos criaturas, en una cueva de Izcu-chaca. Descubiertas por los ladridos de un perro, fueron abaleadas y sus cuerpos devorados por los buitres. El segundo ataque ha sido relatado brevemente por Shulpi. Sorprendidos se defendieron en el llano de Quío-pampa. La humilde cruz que, sobre una peana de piedras abre, solitaria, sus brazos al campo, vigila la paz de sus muertos.....

Tras las huellas de Venado

Cuando estuvimos en el extremo opuesto de Quío-pampa, Acucho indicó la conveniencia de bajar de las cabalgaduras. Debíamos descender una rápida pendiente en la que los espinosos zarzales obstruían por completo la senda por seguir.

Tras breve caminata Acucho se detuvo y a media voz me dijo:

—*Taita*, hasta aquí salen los venados a comer. Ahora vamos a encontrar huellas. Al *lluicho* (1) le gusta la *shata* (2).

Me abstuve de hablar. Estábamos en pleno venadero y era conveniente dar una tregua al órgano bucal mientras el visual se aguzaba.

La marcha era lenta y escudriñadora. Mis compañeros se detenían con frecuencia a examinar el suelo, húmedo por la lluvia del día anterior. Era el rastreo que un buen cazador hace de la presa.

—¡Aquí!—musitó Imicho, señalando con el dedo la huella fresca de unas pisadas

(1) Lluicho: venado.

(2) Shata: matorral.

que no podían ser de otro animal sino el venado. Después de un exámen detenido en el que intervinieron Shulpi, Imicho y Acucho, como médicos abortos en una consulta, el último advirtió que el venado era grande, que había pasado por allí pocos minutos antes y que la dirección por él tomada era la que seguíamos. Los datos eran precisos y ya marchábamos sobre la pista. La pendiente a medida que avanzábamos se hacía mas escarpada, con espeluznantes despeñaderos sembrados aquí y acullá de grandes rocas, desde donde atisbábamos el pajonal.

El podenco más adiestrado no husmearía mejor que aquellos indios.

Acucho comprendió que, por mi poca práctica, por los zapatos y polainas que calzaba y por lo peligroso del terreno, corría yo el riesgo inminente de rodar. A menudo me había visto resbalar en la paja y caer fuertemente asido de ella. Como guerrillero que plantea una emboscada nos ordenó a Imicho y a mí que ocupásemos la roca que allí desafiaba al abismo. La ocupamos en tanto él y Shulpi continuaban la descensión tras las huellas del venado.

¿Cuanto tiempo duró aquel acecho?
¡Tres horas largas!

Imicho agotó la última hoja de coca que

había en su *huallqui*. Yo había masticado algunas.

Tirados de barriga sobre el peñón, inmóviles, fija la mirada en el despeñadero, con el rifle encarado y apuntando al abismo, parecíamos más que cazadores en alerta sabios embebidos en la observación telescópica del espacio....

Pasaron sobre nuestras cabezas diez bandadas de *garagaras* (1), cuyos picos debieran ser matracas de viernes santo a juzgar por el ruido y no canto que producían. El sol, desde el cénit, había descrito a nuestra vista un gran arco y se aproximaba a una cumbre. El precipicio nos bostezaba rachas de un viento helado que acabó por hacerme tiritar de frío. Sobre el roquedal lejano los gavilanes revoleaban majestuosamente, entretenidos en no sé que urdimbre misteriosa. Las cristalinas aguas del Quío bullían estrepitosamente en el fondo de la quebrada llenando de vagos rumores solitarios parajes que de suyo fueran siempre callados.

Había algo de grandioso en ese panorama salvaje que, atónito ante su contemplación, olvidé a los venados. Mi espíritu, en vuelo más altivo que el de los gavilanes, se cernía sobre el paraíso encantado de los en-

(1) Gara--gara: avecilla de puna.

sueños. Mil quimeras del pasado y mil ilusiones para el futuro acudían en tropel hacia mí. ¿Quien no ha sentido alguna vez en la vida elevarse sobre el polvo de la realidad y lo finito en busca de horizontes infinitos? ¿Quien no ha sufrido alguna vez, en sus horas de éxtasis, la indecisión de ser ó no ser ó de ser todo en vez de ser nada? Bien dice el gran poeta Richepin:

«Ah! ce n'est pas deux moi qui sont en moi, c'est dix, cent, mille, des milliers!»

«¡No son dos yo que hay en mí; son diez, cien, mil, millares!...»

Así es en efecto. En cada una de nuestras ansias, de nuestras ilusiones, de nuestros dosengaños nace o muere un yo que es nuestro....

En esas horas tranquilas, lejos del rumor de las pasiones del llano en donde por pensar y sentir por los demás no pensamos en nosotros ni nos sentimos, yo veía que, al contacto de la nieve de los Andes, mi barro se había trocado en nieve. ¡Nieve ante las hogueras de abajo! Feliz mi corazón, como el venado, en las cumbres y abismos de los Andes celebraba la pascua de su soledad. ¡Mucho es no anclar en los bajos fondos de la vida!

El ceno tiene sus flores y la cima, sus zarzas. Será por eso que los que nacen para

el suave llano se sienten mal en las altas cumbres. El deber es una cumbre y el hombre que no vive en su cima, con la justicia por calor y la verdad por lumbre, descien- de al cieno de lo fácil y de lo improbable. ¡Cuántos pseudo-genios hay que, como los buitres, tienen raudas las alas del pensamien- to y negras las garras de la voluntad! Aun- que vuelan por las cumbres, el cieno y la podre los reclaman. ¡Suben para hundirse me- jor, como esas aves marinas que vuelan por la superficie líquida y cuando remontan es solo para prender mejor a la presa!

Hay que escalar la montaña solitaria si nada pueden darnos los hombres. La Trans- figuración tiene su Tabor; la Redención, su Gólgota....

Atardecer andino

Cuando Acucho y Shulpi estuvieron de regreso la tarde caía apaciblemente. Sudoro- sos y jadeantes, tras largo trepar, nos traían la nueva de su infructuoso afán. Las huellas seguían hasta el fondo de la hoya y habían perdidose en las márgenes pedregosas del Quío.

De vuelta me agarró la obsesión de que las mujeres auyentan a los venados del mismo modo que el humo ahuyenta a las moscas y la pobreza a los amigos.... Acucho, temeroso de resentirme, se limitó a decir que volveríamos hasta que el *Jirca* nos obsequiase con un venado.

Repasamos Quío-pampa y era la hora crepuscular al hacer nuestra entrada en el pueblo.

El crepúsculo es la hora de los murciélagos, pero también de los melancólicos. Un melancólico puede no ser un murciélago.

Difícil es estar en el crepúsculo y no soñar. Y es que la vida, como el crepúsculo, es mezcla de sol y de sombra....

Los rebaños de ovejas se apiñaban ya en los apriscos. Entre tanto los pastores, tostados por el calor de todo un día, saciaban su sed tendidos como lagartos en las piedras del riachuelo.

De las chácaras llegaban unos tras otros los hombres llevando a la espalda un saco de papas o arreando a los *ashnos* (1) y *cuchis* (2). Rendidos por la fatiga de un día de trabajo venían al descanso de la querida choza en donde las mujeres ultimaban los preparativos para la merienda de la noche.

(1) y (2) Ashnos, cuchis: burros, chanchos.

Si una mañana andina es bella y alegre, un atardecer andino es bello pero triste. Las fogatas de paja de las estancias se encienden y grandes penachos de humo se elevan caprichosamente a las nubes. Los *allgos* (1) aullan mirando a las estrellas que ya aparecen y titilan en el espacio. Es que les entristecen con su pálida luz ó les anuncian el peligro del *atoj* (2). La noche se avecina y la sombra de los Andes se torna tétrica.

«Et jam summa procul villarum culmina fumant
majoresque cadunt altis de montibus umbrae» (3) 7

Nuestro chasco hizo gracia a la mujer de Acucho.

—¿*Maitaj lluycho*? (4)—preguntó en son de burla a su marido, viéndonos entrar con las manos vacías.

—¡En sus pastos!— contestó secamente Acucho, herido en su amor propio. ¡Era la primera vez que esto le pasaba!

Rió la graciosa india hasta cansarse, mostrando a la luz de la fogata toda la perlería de sus dientes. Así ríe la mujer de los fracasos del hombre. Nunca de sus desgracias. Un fracaso no es una desgracia, es

(1) y (2) Allgos, atoj: perros, zorro.

(3) Egloga Ia: Publio Virgilio.

(4) Maitaj, lluychu: ¿donde está el venado?

una simple advertencia. La sana hilaridad de esa mujer acabó por hacernos reír a todos. Festejamos las peripecias del camino y como yo hiciera alusión al encuentro con esa mujer a la salida del pueblo, Acucho entre mordaz y festivo dijo:

—Para eso no más sirven, *mana vale huarmi-cuna*. (1)

La prisión al servicio de la moral

Fatigados y hambrientos nos disponíamos para la cena. La mujer de Acucho apuraba el *chupe* (2). Dos grandes *mates* de papas, cocidas con cáscara, habían sido vaciados sobre la *pullo* (3) que hacía de mantel de mesa. El ají molido invitaba a gritos a servirse de él. Pronto, como en pila de agua bendita, entrarían y saldrían las manos de los comensales.

Contento cual los pájaros que ignoran donde engullirán su ración de arena y semillas después, gozaba yo del momento sin preocuparme del mañana. ¿Que importa no

(1) Mana vale huarmi-cuna: ¡Inútiles mujeres!

(2) Chupe: manjar indígena predilecto.

(3) Pullo: Manta de lana.

saber donde si se está seguro que se comerá?

Ibamos pues a servirnos de aquella ágapa cuando vino un chicuelo a anunciarnos que en la casa de Libia nos aguardaban con urgencia. Acucho despidió al *chiuchi* (1) diciéndole que acudiríamos a la llamada tan pronto como la cena estuviese despachada. Insistió el muchacho manifestando que solo a nosotros esperaban para comer los principales del pueblo, los que se encontraban reunidos desde temprano.

Con gran displicencia de la mujer de Acucho tuvimos que levantar la mesa sin haber probado bocado alguno de aquel convite en el que solo habíamos mirado y también olido....

Una veintena de personas, entre hombres y mujeres, llenaban la choza de Libia y como faltase el campo en el interior para recibir a todos los invitados, los menos caracterizados estaban sentados en los poyos del cabertizo.

Tras los saludos y abrazos de aquellas sencillas y cariñosas gentes, me enteré de lo ocurrido durante nuestra ausencia.

Taita Daniel, párroco de Cayna, había venido a visitar a sus feligreses de Quío.

(1) *Chiuchi*: chico.

Quincenalmente acostumbraba hacerlo. Enterado de que Libia mantenía relaciones maritales con Jovita Mendoza había manifestado al agente municipal la conveniencia de aconsejarle para que se resolviese a legitimar su unión por medio del sacramento del matrimonio.

El agente, abreviando trámites, dispuso la detención previa de nuestro hombre la que se llevó a cabo con gran complacencia del vecindario, porque era un peligro para todo el pueblo la existencia de esa pareja mal viviente. *Taitacha*, (1) en su cólera, podría castigar por ella a todos!....

Mi padre conocedor de las sanas intenciones de Libia había salido de fiador y alcanzado así para él una libertad condicional. El matrimonio debía realizarse al día siguiente.

Celebrábase por consiguiente la víspera de su casamiento. Algo así como el banquete de despedida de la vida de soltero, entre nosotros.

(4) *Taitacha*: Dios.

La catipa (1)

Hablar del indio y no hablar de la coca y del aguardiente sería como pintar una pradera sin hierbas y un mar sin agua. La coca es para el indio un elemento necesario é indispensable; es su pan de cada día. El aguardiente sin revestir ese carácter de necesidad, es sinembargo por desgracia un artículo sin el cual difícilmente podría resolverse a vivir. Por él, antes que por *cachi* (2), baja a la ciudad y, al financiar sus gastos, la partida para aguardiente ocupa el segundo o tercer lugar después de la indefectible coca. Es por eso que nuestro soldado indígena, arrancado de su serranía para hacer la vida de cuartel, cuatro cosas perdidas tiene que añorar: su *chola* y su *choza*, su *chajcha* (3) y su *chajta*. (4).

Aquella noche, víspera del matrimonio de Libia con Jovita, después de la cena frugal, un gran bolsón lleno de coca, pasando

(1) Catipa: Masticación de la coca en forma ceremoniosa y solemne.

(2) Cachi: Sal.

(3) Chajcha: Acto de mascar la coca.

(4) Chajta: Aguardiente.

de mano en mano, daba repetidas vueltas por la gran rueda que formaban todos los concurrentes. Los hombres estaban en un lado, acurrucados y ocultos bajo el poncho. Las mujeres ocupaban el extremo opuesto, sentadas en cuclillas sobre la paja y arropadas con la pequeña *cata* (1). Mi padre, las autoridades y yo completábamos el círculo, sentados en los poyos de preferencia. Aquello parecía a simple vista un conciliábulo sospechoso, reunido a la sombra de la noche; pero, ahondándolo se encontraba con una ceremonia religiosa, perfectamente inofensiva. La *catipa* es en efecto un rito sagrado en el que la coca es una verdadera sibila. El indio en ella se recoge como un creyente en oración, pregunta y ausculta, ruega, espera y cree....

Por eso al final de la *catipa*, en el que resonara dentro de un silencio reverente el paladeo de la coca, unos tras otros y a instancias de Libia, fueron diciendo los *chajchadores* aquello que su coca les anunciaba,

—Mi coca está *mishqui* (2)—decía uno.
—Vas a ser feliz, Libia.

—Pierde cuidado,—añadía otro— tu viaje será bueno.

(1) *Cata*: Manto pequeño.

(2) *Mishqui*: dulce.

Todos estuvieron más o menos de acuerdo. Libia según los anuncios de la coca, tendría una vida tranquila y risueña, sonreído por la Felicidad....

El *auqui* (1) Lucas estuvo a mi lado durante toda la *catipa*. Recogido, como un sacerdote durante la consagración, sacaba de cuando en cuando manojitos de coca del *huallqui*. Besaba las hojas, las remugaba leíntamente sazónándolas con un poco de cal que extraía del *ishcupuro* (2) mediante la *shipina* (3), deglutía el jugo y formaba con el residuo un bolo que depositaba en un extremo de la boca. Envuelto en su poncho que parecía una casulla, con el rostro grave y la cabeza descubierta el anciano Lucas era seguramente el *catipador* más autorizado. Sus palabras cuando le llegó el turno de hablar, fueron escuchadas con particular respeto prestándoles el asentimiento que se prestaría a las palabras de un sumo sacerdote.

—Mi coca ha estado *pochco* (4)—dijo—. Pero ya está bien ahora. Has padecido mucho, Libia, en tu vida pasada: pero ya estás

(1) Auqui: viejo.

(2) Ishcupuro: pequeño receptáculo para la cal.

(3) Shipina: utensilio, generalmente de hueso, con el cual se extrae la cal del *ishcupuro*.

(4) Pochco: amargo.

con suerte. Jovita te servirá bien y estarás contento.

Durante la *catipa* tres botellas de *chajta* se vaciaron insensiblemente, bebiendo de ellas todos a grandes tragos. Se tomó un último trago a la salud de los núbiles y, unos después de otros, se fueron despidiendo con el encargo de estar la mañana siguiente en la iglesia.

El *auqui* Lucas, amigo de relatos como todos los viejos, sintió el estímulo del aguardiente y deseoso de contarme la historia de los protagonistas de aquel humilde drama, me dijo:

—Esa Jovita que mañana se casa con Libia fué mujer de Acacio Jesús.

—Sí; conocí a Acacio. Murió en la cárcel hace varios años, repuse temeroso de que me cansase con una serie de cosas que yo conocía perfectamente.

—Eso es, *taita*,—dijo el *auqui*, como admirado de que con pocas palabras hubiese yo desentrañado lo que juzgaba él un secreto digno de ser trasmitido.

—Conozco también a Anselmo Navarro,—añadí.—Le he visitado en la Penitenciaría de Lima en donde se encuentra actualmente. A los penitenciados no se les llama por el nombre sino por un número. Anselmo es el número ONCE.

— ¡Huahuallau! (1)—exclamó el *auqui* consternado más por el aguardiente, creo yo, que por la desgracia de Anselmo.—*Taita*, Anselmo ha sido inocente.

—Y sigue siéndolo,—repuse, convencido de que la prisión podrá desconocer la inocencia de un hombre pero no destruirla.

Luego, con derroche de detalles, me contó lo que el lector verá al pié. Puede ser que parezca una injusticia vulgar como todas las injusticias de la vida, digna del silencio y del olvido. Pero es necesario que la inocencia brille aunque sea en el estercolero del presidio.

Vía Crucis

Fué una tarde de enero del año 1920. El sol acababa de ponerse tras la cumbre Rondoní y de las estancias bajaban ya al desierto pueblo hombres, mujeres y niños dedicados hasta esa hora en las faenas del campo.

Las ceremonias funerales tocaban a su fin. Un párvulo, muerto en la estancia de Crispiniano Navarro, había recibido piado-

(1) Huahuallau: ¡pobrecito!

sa sepultura en el campo santo del pueblo. Ese día y la noche precedente, la parentela había *chajchado*, sin distinción de sexo, en torno del difunto. El velorio ó *huarachicuy* se deslizó en un ambiente familiar irreprochable. La coca, la cal y la *chajta* llenaron su papel debidamente. Las propiedades anestésicas de la coca y de la cal adormecieron la sensibilidad produciendo cierto grado de estolidez, al tiempo que los humos espirituosos de la *chajta*, pugnando por reanimarlos de aquella especie de anquilosis les habían llevado, diríase, a un estado envidiable de sofrosinia.

En este ambiente ambiguo, mezcla indefinida de amargura y de tristeza a la vez que de desconcertante regocijo, habíase celebrado el acontecimiento feliz (si puede serlo) de la muerte de un niño. Ya no padecería en esta vida arrastrada y en cambio estaría junto a *Taitacha*, mirándole cara a cara.

Anselmo Navarro, mozo cumplido y de buen talante, había descendido de su estancia para acompañar a su pariente Crispiniano. Fué él quien hizo más derroche de buen humor en la velada. Acompañado por el *charango* (1) de Acacio Jesús, muchacho de su

1 Charango: guitarra pequeña.

ralea, menudeó la entonación de arias quechuas emotivas y melancólicas como los ojos de la india amada. Fue él quien hizo reír con más ganas a las doncellas presentes con sus chascarrillos y acertijos y fué a sus chicoleos que se cubrieron de mil sonrojos.

Despreocupado de todo, solo al caer de la tarde y cuando el cielo de la quebrada se achubascaba, pensó en el retorno. No le inquietaba la amenazante cerrazón, ni la distancia con ser tan larga, pues la cubriría antes que la noche le ocultase el sendero de su estancia.

Irguió la cabeza y girando sobre ambos calcaños, como una media vuelta militar, oteó los confines del horizonte y luego, con la fijeza de un aeromante, dijo:

—No lloverá; chirapa solamente.

—Quédate,—murmuró Crispiniano,—y yo te despertaré muy de mañana.

—Mi viejecita me esperará arriba—repuso, y rehuyendo nuevas exigencias cogió el garrote, amigo inseparable del indio, arma temible en la lucha, su guía en los tortuosos senderos andinos y gritó, agitando el ángulo de su poncho y volviendo la cara hacia la choza que abandonaba:

—¡Ayhuallára! (1).

(1) Ayhuallára: ¡adiós!

Gateó luego por un cerrillo guijarreño con la facilidad de un venado y llegado que hubo a una encrucijada no titubeó un instante. Optó por el camino más corto. Es verdad que tendría que pasar por detrás de la choza de los Lucas, familia con la que la suya estaba reñida desde hacía tiempo. Mas este contratiempo no detuvo a Anselmo.

Avanzó por la ruta escogida sin meditar quizás en el peligro a que temerariamente se arrojaba. Acaso olvidó las advertencias de los suyos o las despreció. Su corazón no odiaba y no tenía porqué temer los odios ajenos. Acaso esa determinación no fué previamente consultada con su coca o no quiso ésta responderle. Lo cierto es que siguió impávido en su marcha. En todo caso pasaría solapadamente y nadie de la choza temible saldría a molestarlo. Al menor peligro de cruzarse con sus enemigos se agacharía entre el *muña* (1) de los bordes del camino o echaría pie atrás y, con mucho tiento, se pondría a salvo por medio de una prudente retirada.

Solo la idea de que los *allgos* implacables le descubriesen y se ensañasen contra él le conturbó e hizo estremecer. Esos animales le conocían perfectamente y le habían

3 Muña: cierta planta fragante, empleado en la condimentación del *chupe*.

dados muestras inequívocas de su profunda inquina. Se prenderían del poncho, clavarían la media luna rabiosa de sus dientes en sus carnes y, como al *atoj* odiado que come a las ovejas, le acribillarían a dentelladas. Ni el garrote batido a mandoble, ni las piedras rodadas del camino bastarían para intimidar a la furiosa jauría.

Tambalearon las piernas del joven indio y este se detuvo bruscamente. El instinto de conservación acababa de triunfar sobre su gallardía salvaje. Iba a desandar lo andado. ¿Qué importaba? Nadie habría de verle.

Mas, al volver la vista sobre el camino recorrido, como para medirlo de un solo vistazo, divisó a distancia de un tiro de honda a Acacio Jesús. Cambiaron de silbos y esas dos flechas agudas cruzáronse en la quebrada, hiriendo las montañas que respondieron con un eco prolongado.

—Corres como mi *chusco*—gritó jadeante Acacio, cuyos *shucuyes* producían al correr un chancleteo sonoro, algo así como el rumor producido por un niño que chapotea sobre una palangana de agua.

—Mi *chaquan* está sola arriba—repuso Anselmo reanudando la interrumpida marcha en compañía de Acacio.

Comunicar a éste sus temores habría

sido para que se ría a costillas suyas y buena dosis de amor propio circulaba por sus venas para prestarse a tal desaguisado. Además conocía ya él esas viejas rencillas a las que no había que dar importancia alguna. Pasarían alegremente por cerca de la choza de los Lucas y nadie tendría por qué molestarse ni molestarles.

Descolgó Acacio el *charango* que llevaba a las espaldas y tras magistral punteada sus voces incultas entonaron en la lengua nativa, expresiva y armoniosa, endechas pastoriles que traducidas, entre otras dirían:

Tú te quedas en tu casa,
como la flor en su rama:
como la pluma en el aire,
yo me voy por esos valles....

Entre tanto en la obscura pocilga de los Lucas el odio encrespaba los ánimos. Los brazos desnudos y musculosos, como tentáculos de pulpo, se erizaban. Los garrotes, cual aguijones atiesados por el veneno, se agitaban en las diestras. Aquello era un insulto, una ofensa; más aún, un reto lanzado en su propia cara como un escupitajo.

—Yo les vaciaré los sesos —rabió uno.

—Yo haré que ladren mejor esos perros

—gruñó otro.

Entre tanto de dos saltos, saltos de fe-

lino, Marcos Ríos salvó los diez pasos que distaban a su choza, tornando con una carabina que cargó precipitadamente:

—Deja, tío,—decía a Valentín Lucas— que yo les haré callar poniéndoles una *coronta* (1) en la boca.

No hubo tiempo para concertar un plan de ataque, por lo que cada cual actuaría en la refriega como mejor le viniera en gana.

Valentín, flanqueando el redil adyacente a la choza, salió al camino en momentos en que Anselmo Navarro, menos ágil en la carrera que Acacio Jesús, pasaba en precipitada fuga acosado por los perros. Un feroz garrotazo, diestramente recibido por Anselmo, fué a producir un choque estridente con el palo que éste levantó sobre la cabeza, agarrándolo fuertemente entre ambas manos. Un segundo estacazo de soslayo no tuvo mejor éxito, pues Navarro, aunque futigivo, no perdía el control en el manejo de su garrote que esta vez hacía de escudo invulnerable. Un tercero menos certero zumbó por lo alto; mas, en el quite brusco que hizo Anselmo para rehuir el golpe, volcósele el sombrero que fué directamente a los hocicos de los perros que descargaron sobre él toda su rabia.

(1) Coronta: parte interior de la mazorca de maíz.

Allí cayera al fin Anselmo Navarro, bajo el palo de Lucas y a disposición de la perriería si Marcos Ríos no interviniera en ese preciso instante. Apostado tras de una pirca esperó en alerta que sus víctimas desfilaran por el recodo que en ese lugar formaba el camino. Punto estratégico; a él había llegado sin ser visto, merced a los saucos silvestre.

Encaró el arma, apretó el gatillo, una detonación hendió los aires y, fulminado por una bala en el corazón, se desplomó Valentín Lucas en el camino.

¡Mal carabinero! Puso en la línea de mira a Anselmo sin contar con el desplazamiento de los cuerpos en la carrera y era su tío Valentín quien mordía el polvo de la tierra. ¡La *coronta* en función!

Vieron los perros caer a su amo y abandonando la persecución de los fugitivos rodearon el cadáver, lamienlo compasivamente la sangre humeante que al salir del pecho formaba un charco siniestro.

Y aquel anochecer andino, melancólico y silencioso, se tiñó ligeramente de arreboles. Se dejaron oír los lúgubres aullidos de los perros de Valentín Lucas y de las lejanas estancias respondieron a coro todos los perros de la comarca.

Esa lamentación plañidera resonó tristemente en la quebrada....

Anselmo arribó a su alquería entrada ya la noche. Una fuerte turbonada había descargado sobre él toda su furia. Su viejita le esperaba intranquila. Parece que algo presentía ya ella, pues, si «no hay corazón que engañe a su dueño» menos aún el corazón de una madre. Sintió remordimiento y prometió a la anciana no cometer más la imprudencia de esa funesta tarde. Porque, ¿qué habría hecho su *chaquan*, su adorada *chaquan*, si la bala criminal le hubiese atravesado?

Durmió Anselmo con la paz de los inocentes. Su conciencia de nada le acusaba y su cuerpo rendido por la fatiga y el sobresalto pedía descanso.

El canturreo de los gorriones, saludando los primeros fulgores de la alborada, lo despertó. Fuera de la choza la Naturaleza era toda alegría. Los guachos chillones hacían coro con los incansables renacuajos y de cuando en cuando el gallo dejaba oír su arrogante cacareo.

Aquella de la víspera le parecía un sueño. Había sentido la detonación del arma de Marcos Ríos y visto rodar a Valentín Lucas. El no tuvo más culpa que la de haber pasado por allí. Empero, ¿no le traería ma-

las consecuencias la muerte de un hombre, por casual que ella fuera y por más que él no tuviese participación alguna en ella?

Anselmo se turbó, cogió su *huallqui*, lo abrió, mascó las primeras hojas de coca y como las encontrara amargas, fúnebremente amargas, las escupió. Tomó su garrote, abrazó a su *chaquan* a la que quizás tardaría mucho tiempo en volver a ver y saltó fuera de la choza, dispuesto a retirarse del pueblo hasta que su coca tornara a ser buena. Media docena de alguaciles, apostados por allí cerca, habían recibido la consigna de prenderlo. Lo amarraron como a un criminal y condujeron ante las autoridades. Sus enemigos fueron acusadores y testigos. El sombrero, cuerpo del delito. La Sala del Crimen de la Corte de Junin declaró el homicidio calificado, perpetrado por Anselmo Navarro en la persona de Valentín Lucas y lo condenó a once años de penitenciaría. Acababa de condenarse a un inocente y por ello bien estaba aquello de «*sala del crimen*».

Por su parte Acacio Jesús no tuvo mejor suerte. Envuelto en el mismo proceso que su compañero de infortunio, fué conducido a la cárcel de Ambo en donde dejó de existir antes que la causa llegase al estado de sentencia. De las garras de la cárcel pa-

só a las garras de la muerte, dejando a Jovita Mendoza viuda en la flor de su vida. Ella, solícita y fiel hasta la muerte, recogió su último aliento después de haber apurado el cáliz de la amargura y de haber ayudado a llevar la cruz a su marido con una abnegación y heroísmo que honran a la india peruana.

La humilde tumba de Acacio Jesús recibió los postreros honores de una mujer amante a quien viera yo coger las flores de mi jardín para cubrir con ellas y con sus lágrimas la tierra bendita del hombre amado. Esa mujer era Jovita. . . .

El y ella

En todo matrimonio dos personas hay que atraen sobre sí las miradas de los espectadores: son *él* y *ella*. Contemplantos y contemplar toda la dicha y toda la ilusión humanas, es una misma cosa. Ante ellos el soltero sueña en su cara pareja, quizás desconocida aún, y suspira por la hora feliz en que termine el martirio de ser sólo. El casado acaso los mire con menos ilusión; acaso sienta el martirio de no ser sólo. «Esa es la condición del hombre: inconstancia, fasti-

dio, inquietud» (1). Pero como quiera que sea, si en la vida hay algún acto solemne, ese acto lo es el matrimonio.

Por eso quise ser uno de los primeros en acudir a la iglesita del pueblo. Libia y Jovita unían sus destinos solemnemente; justo era que como buen amigo los acompañase en esa hora.

A las siete de la mañana todo estaba aparejado para el matrimonio y, como en un día de fiesta, se lucían los mejores trajes y los más vistosos ponchos. Libia llevaba el suyo que era de lana teñida de plomo con listillas y ribetes amarillos. La camisa era de tocuyo blanco, los pantalones de jerga negra y los calzados margosinos de cuero raspado y sin lustre.

El semblante de Libia no mostraba alteración alguna. No era extraño. Seis años antes le había visto en la cárcel de Ambo igualmente sereno, igualmente impasible. Allí el infortunio, la calumnia, la sospecha infundada é hiriente lo habían tenido recluido. Aquí la dicha le sonreía en la sonrisa de una mujer que era suya. Sinembargo ni aquí ni allí se turbó su quietud. Es que el indio es estoico. El placer como el dolor le parecen vanos y efímeros. Ante el dolor, su-

(1) Pensamientos. Pascal.

fre y sonríe. Ante el placer desconfía y sonríe. Su estoicismo no lo ha aprendido en la secta de ningún Zenón; brotó de su raza a los golpes del infortunio. Oriundo de una comarca desconocida para él mismo, de la provincia de Dos de Mayo, Libia anduvo errante, como un paria, desde muy joven, hasta que, deseoso de incorporarse a la vida de ciudad, bajó a Huánuco. Su mala estrella, su procedencia, su miseria, ó todas a la vez, hicieron que se le cerraran las puertas de una casa para abríselas las de una cárcel. Remitido a la de Ambo por suponersele complicado en un robo que el juzgado de esa provincia ventilaba, conoció allí a Anselmo Navarro y a Acacio Jesús.

Nada une tanto a las almas como el dolor común; y estos tres seres al dolor común añadían la inocencia común. Por eso se juraron amor fraterno, hasta la muerte.

Libia salió de la cárcel, porque no debió haber entrado en ella, cuando Acacio había ya muerto. Lo primero que hizo fué buscar a Jovita. La encontró, se unió a ella y hacía tiempo que vivían en perfecta armonía. En breves instantes el *taita* Daniel los bendeciría, legitimando y santificando el *yaycupacuy* o servicio.

Jovita vestía igualmente toda de nuevo. La falda de jerga azul, abultada por

cien enaguas, (a juzgar por el volúmen) presentaba el aspectode un^a paraguas abierto. La blusa era de holán de color flor de retama y muy ceñida al busto. Una *cata* rosicler prendida del cuello cubría parte de la espalda. Los calzaos puestos sin^a medias permitían entrever desde los tobillos hasta media pierna. El pelo, dividido en dos crechas por una raya, remataba en un sinnúmero de diminutas trenzas. Grandes aretes de loza verde pendían de sus orejas y unas diez sortijas de cobre adornaban los dedos de ambas manos.

Jovita estaba risueña y satisfecha. Los sentidos son cinco, si bien al alma le basta uno: la vista. Y si la alegría como el dolor asoman al exterior por las ventanas de los ojos, resueltamente Jovita era una mujer feliz. Sus mejillas eran dos manzanas maduras. El mejor lápiz no es capaz de superar a aquel color, a pesar de que la pintura florece hoy y de que, en la Historia del Arte, ni el Renacimiento podrá competir con este siglo en el cual las mujeres pintan en sus labios, de una brochada, lo que son. Sus dientes blancos, pulidos y lustrosos, sus formas femeninas todas, su gracia y vivacidad, revelaban que para Jovita no había aún declinado la lozanía de la juventud.

Un matrimonio y dos sermones

En el altar ardían ya dos cirios. Dos que se quieren son dos cirios que, casándose, arderán en una sola llama.

Libia y Jovita se acercaron a la única grada que había antes de llegar al altar. Mi padre se puso a la derecha y la mujer de Acucho a la izquierda de los contrayentes. Eran ellos los designados para el padrinazgo.

Cuando *taita* Daniel hizo su aparición, revestido con los ornamentos sagrados, todos los presentes se pusieron de rodillas. Las mujeres estaban adelante, envueltas en mantillas de castilla que las cubrían totalmente la cabeza, el rostro y gran parte del cuerpo, evocando a la antigua tapada. Los hombres llenaban el espacio restante hasta cerca a la puerta.

Taita Daniel, antes de dar comienzo a las ceremonias religiosas, se volvió hacia los contrayentes y habló más ó menos en estos términos:

«Hermanos míos: vais a contraer el sacramento del matrimonio. Es decir vais a

legitimar ante Dios vuestra unión. El matrimonio no es superposición de cuerpos. Es comprensión y fusión de almas. Habeis vivido hasta hoy como viven los animales del campo. Ahora vais a vivir como viven los hijos de Dios.

El matrimonio fué instituído por Dios en el paraíso cuando creó a Eva y se la entregó a Adán para que fuera su compañera. La mujer es por consiguiente compañera y no esclava del hombre.

Ambos os debeis recíproco cariño. El marido atienda a la mujer y la mujer sea solícita con el marido. Nunca habeis de reñir y si alguna diferencia hubiera entre vosotros la mujer acate las órdenes del marido.

La mujer sea fiel al marido en todo momento y éste ame y sea únicamente para su mujer. Si llegáseis a tener descendencia educad a vuestros hijos en el temor a Dios y enseñadles a cumplir sus deberes.

Si así obráreis Dios os lo premiará aquí en la tierra y después en el Cielo. Así sea».

Taita Daniel, después de esta breve cuanto significativa homilía, pronunció las palabras solemnes del matrimonio a las que prestaron su asentimiento las partes contratantes. No hizo más que perfeccionar la obra de la naturaleza y legitimar la unión

de esos dos seres que, desde tiempos atrás, se prestaban mutua y fiel asistencia.

Continentes por la raza, por el clima, por la alimentación, por el medio, nuestros indios desconocen los refinamientos de la corrupción. El lujo, la molicie, el sensualismo con su cortejo de vicios, son productos de la vida sibarítica de las grandes ciudades. Las ridiculeces del coquetismo que viene a ser la prostitución del espíritu, cien veces peor que la prostitución de la misma carne, están lejos de las costumbres femeninas indígenas. La monogamia se halla profundamente enraizada en la raza indígena y la religión no hace más que ampararla y confirmarla.

Terminado que hubo el santo sacrificio de la misa, *taita* Daniel se dirigió al pueblo en estos términos:

«Hermanos míos muy amados: os decía en mi última visita que debíais amaros los unos a los otros. En verdad éste es el primer precepto que nuestro Dios nos da a cumplir. Por el amor que tienen a los demás se distinguen los verdaderos discípulos de nuestro Señor Jesucristo. Sin el amor se disolvería la familia y los hijos estarían contra los padres y los padres contra los hijos. Sin el amor el pueblo se desbandaría y las comarcas se destruirían unas a otras.

Amad pues a vuestros semejantes sin excluir de vuestro amor a nadie. También son vuestros hermanos los que viven en Chaulán y Pumamayo, los de Marcacasha y Rajcha, los de Quepatupe y todos los pueblos y caseríos que están a vuestro alrededor; más aún, todos los hombres somos hijos de Dios y hermanos en Jesucristo.

El hermano olvida cualquiera falta del hermano. Vosotros no debeis pues guardar rencor a nadie por muchos y grandes que sean los daños que os hayan causado. El odio es propio del diablo.

Respetad y obedeced a vuestras autoridades porque representan el poder de Dios y están encargadas de cuidar y garantizar vuestros derechos.

Cada cual viva de su trabajo honrado, de lo que le da la tierra que cultiva y de lo que su ganado le produce. Robar las papas ó los carneros de otro es hacerle un daño y manchar la conciencia y la dignidad propia, cometiendo un acto ilícito, digno de castigo. A nosotros no nos gusta que nos roben; tampoco debemos robar a los otros. Hermanos míos: el robo envilece al ladrón. Vosotros no mancheis jamás vuestras manos tomando lo ajeno sin consentimiento de su dueño. El que roba, no roba por necesidad sino por ociosidad, por no labrar la tierra, por no cui-

dar con constancia del ganado. Dios es tan bueno y vuestras tierras son tan extensas y fértiles que las papas de vuestras chacaras podrían alimentar a miles de pueblos como el vuestro y vuestro ganado, aumentar a tal punto que no pudiérais contarlos. No os quejeis pues de Dios, y os quejais de él cuando envidiais a otros pueblos. Quejaos de vosotros mismos, de vuestra pereza, de vuestra falta de constancia.

Hermanos míos: amad a Dios sobre todas las cosas, observad sus divinos preceptos. y habrá felicidad para vosotros en esta vida y en el Cielo. Es gracia que os deseo para todos. Así sea».

Dijo estas últimas palabras *taita* Daniel, hizo el signo de la cruz y desapareció como una sombra en la obscura y rústica sacristía.

¡Felicidad en el Cielo y en la Tierra! ¿que más podría ofrecerse al corazón humano? La risa del incrédulo y la sonrisa del descreído allá para los super-hombres. Los que solo son hombres creen y esperan.

Por eso mientras las sencillas gentes de Quío abandonaban reverentes la casa de oración, pensaba yo con el gran Pascal que «nadie es tan dichoso como el verdadero cristiano» (1) y con Montesquieu que «la

(1) Pensamientos.

Religión Cristiana que parece no tener más objeto que la felicidad en la otra vida nos hace también felices en ésta» (1).

El resto de la mañana lo pasamos en la choza de Libia, cumplimentando a los desposados. Después del almuerzo mi padre y yo nos propusimos visitar la hermosa laguna de Querococha, distante dos kilómetros del pueblo. En nuestra excursión fuimos acompañados por dos jóvenes quianos, encargados de conducirnos y cuidar de los caballos. Las horas de la tarde discurrieron veloces para nosotros que, en nuestro anhelo de recorrer las riberas de la laguna, no advertimos ni nos arredramos ante la distancia por salvar. Cargados de escorzonera y flores silvestres tornamos al pueblo al tiempo que la campanita tocaba el *Angelus*.

Flambre y munición

Cuando me desperté a la mañana siguiente la luz del sol penetraba en la choza, cerniéndose como lluvia de perlas, por los intersticios del techado de paja.

(1) Espíritu de las Leyes.

En el reloj el horario marcaba las ocho.

Afuera la charla en quecha de dos ó tres personas se interrumpía por ratos para saborear mejor la coca. Ellos no podían ser otros que mis compañeros de caza. Me puse los zapatos y el saco, únicas prendas de vestir que me había quitado en tres noches para dormir, y abrí la puerta.

Tras el saludo reglamentario Acucho observó:

—¡Mal cazador!

—Tú— repuse por defenderme.

—Yo estoy aquí desde las siete—dijo

Acucho.

—Yo también—añadió Imicho.

—¿Entonces quien?—pregunté sin querer darme por vencido.

—Tú, *taita*—replicó Acucho.

—Yo estoy listo desde ayer—dije—pues he dormido sobre las armas. Aquí tienen mi winchester cargado. Vamos a ver el savich, Acucho.

—No tardará en llegar de la estancia.

—A ver el winchester, Imicho—dije.

—*Aquisita* no más está, *taita*. Ya me lo traerán.

—¡Buena laya de cazadores!—dije en son de triunfo.—¿Piensan ustedes cazar con el *ishcupuro*?

Les obsequié con un cigarrillo. El frío instaba a fumar.

—Como siga dulce mi coca, *taita*, vamos a tener buena caza—dijo Acucho aproximando el cigarro a la llama de fósforo que le brindaba. Luego, desparramando una mirada escudriñadora por las cumbres vecinas, agregó:

—El día está claro. Los venados saldrán a calentarse.

—¡Les calentarás con tu savich!—indicó socarronamente.

Rieron satisfechos como los chiquillos. El humo de cigarro los tonificaba visiblemente.

—Bueno, *taita*,—dijo Acucho limpiándose con la extremidad del poncho la boca verduzca,—no hay que desear mucho.

—¿Desear qué?

Venados pues, *taita*.

—¡Vaya si los deseo y mucho!

—Pero eso es malo.

—Explicate, Acucho,

—El cerro se vuelve *michaj* (1) cuando se desea mucho, *taita*, y esconde a sus venados.

—¿Sí?

—Sí, *taita*,

1° Michaj: miserable.

—Entonces ya no los deseo.

—Hay que ir como si no quisieras cazar. El cerro te obsequiará su aumento.

—¿Que aumento, Acucho?

Los venados pues, *taita*, son del *Jirca*. Las crías que aumentan ya no le hacen falta.

—Bueno. Nosotros no necesitamos más que uno. Uno es ninguno para el *Jirca*; ¿no te parece Acucho?

—Eso es, *taita*.

Mientras yo me distraía en quitar de mis pantalones las espinitas del *amor seco*, Acucho se puso a escarcuñar mi winchister. Entre tanto Imicho, silbando una *cachua*, se alejaba hacia la choza de Acucho en donde la mujer de éste preparaba el fiambre.

—El winchister no es tan bueno como el *savich*—dijo, dejándolo, después de un exámen detenido.

—Porque siempre es mejor lo que es nuestro—repuse maliciosamente.

—Hay necesidad de apuntar a los pies para que llegue al cuerpo—advirtió Acucho sin alcanzar a comprender la ironía de mi anterior respuesta.

—Está bien—repuse, tomando como una advertencia las últimas palabras de Acucho.

—La bala al salir del cuerpo, malogra el pellejo porque hace un hueco grande.

—Es una lástima.

—La carne se ensangrienta mucho y hay que lavar para comer.

Consecuente con mi nescencia sobre la materia callé para que Acucho, en un monólogo ininterrumpido, hablase cuanto quisiese. Como un maestro que instruye a su discípulo sobre algo que atañe a la profesión, expuso a continuación:

—Con el savich no pasa eso, *taita*. La puntería es buena y no varía. Si se apunta a la cabeza cae a la cabeza. Yo prefiero ese tiro porque el venado ya no levanta. Si le cae la bala en el cuerpo echa a correr falda arriba, hasta que cae por haber perdido toda la sangre. Entonces hay que seguirle por la huella. Muchas veces va a morir a varias leguas de distancia o se pierde en la *shata*. El tiro en el corazón es también bueno. Una vez con mi savich le metí una bala a un venado por la oreja. El pellejo salió sano.

Así siguiera Acucho poniéndome al tanto de todo lo concerniente al ramo y contándome todas sus peripecias de renombrado cazador si en ese momento no le interrumpiera Imicho. Venía éste trayendo en un gran mate una treintena de papas asadas, exquisitamente asadas y limpiadas. Encima venían tres tasajos de *charqui* igual-

mente preparados que anunciaban desde lejos su presencia estimulante.

Esto unido al resto de bollos que conservaba en mis alforjas bastaban para contentar al gastrónomo más exigente de los mortales.

—¡Munición para los cazadores!—dijo, poniendo el mate en el poyo.

—¡Ajá! ¡que buena cabeza! que le traigan su desayuno—ordenó Acucho, acordándose por el olor del *charqui*, que yo no había desayunado aún.

—No te des prisa, Acucho—dije.—Antes de que esté aquí tu savich, el desayuno habrá ya llegado. Mi comadre Fortu quiere que mientras permanezca yo en Quío, no tome otra leche que la leche de sus vacas.

Muchas veces hablamos de una persona y ella nos está poniendo la mano en el hombro. Bien dice el refrán «habla mal de Roma» Así fué, pues mi comadre Fortu entraba en la choza al tiempo que mencionaba yo a sus vacas, portadora entre ambas manos de una taza, la más grande que he visto en mi vida, toda llena de una leche humosa y más blanca que la nieve.

—Te servirás *llechi*, *taita cumpá*,—murmuró en tono de súplica.

Confundido por su bondad le agradecí rendidamente y apuré a grandes sorbos aque-

lla leche sabrosa y pura cual ninguna otra.

Mujer y bondad son sinónimas. Yo no podré olvidar jamás la hospitalidad, la amabilidad, la nobleza de la india quiana. Cuanto pudiera decirse en elogio de sus virtudes domésticas fuera poco.

Sobria, resuelta, abnegada y fuerte es digna compañera del indio sobrio, resuelto, abnegado y fuerte. Es mujer atrayente, solícita y cariñosa. No rehuye su parte de cruz en la vida fatigosa de los Andes; antes bien, llegada la hora, sabe ponerse a la altura de su deber y demostrar que a la bondad de mujer une la fortaleza y resistencia de hombre. Si el indio es, como se dice despectivamente, una bestia de carga; la india lo es de silla y de carga. Tiene la exclusiva de llevar al pequeño vástago en las frecuentes y largas jornadas que emprende al lado del marido.

La mujer que es buena hija, es buena esposa y buena madre. La india, que no ha tenido la desgracia de contaminarse en las charcas inmundas de la civilización, conserva íntegras las virtudes de la raza y ese fondo de bondad natural que caracteriza el alma de la mujer en estado de Naturaleza, como diría Rousseau. A los factores naturales hay que sumar el factor de la educación a fin de que la india peruana no pierda, en

la vorágine del progreso material, las grandes cualidades que la exornan. Es tendencia general entre los indios el excluir al elemento femenino de los beneficios de la instrucción, proviniendo de allí como consecuencia la mayor rusticidad en sus costumbres y la ignorancia, casi siempre supina, del idioma castellano. Hay que combatirla para evitar el fatal distanciamiento que de ello se derivaría y la injusta subordinación de un sexo por otro.

La osadía de un sueño

Poco antes de las nueve abandonábamos el pueblo. Shulpi no pudo salir con nosotros porque las funciones de su cargo no le permitieron esta vez acompañarnos. Al despedirme le ofrecí hacer todo lo posible por no volver sin trofeo, anunciándole que para el caso en que no consiguiésemos nada nos quedaríamos a dormir en alguna cueva hasta el día siguiente. A Crispín que llevaba a la espalda el fiambre le gritó:

—Cargarás bien al *lluychu*. Quiero ver por donde le entró la bala.

Según el plan, trazado de antemano,

debíamos hacer una marcha distinta a la anterior. Antes de llegar al llano de Quío-pampa cruzaríamos el Quío. Luego, por una senda peligrosísima, frecuentada únicamente por los cazadores, nos encaminaríamos hacia los parajes solitarios de Shushunguia. La distancia por cubrir, según los cálculos aproximados de Acucho, sería más ó menos de unas seis a ocho leguas, las que haríamos a pie y muchas veces gateando.

A ninguna mujer—*mana vale huarmi* según palabras de Acucho—se le ocurrió salirnos al paso, lo que era ya de suyo un buen agüero.

La mañana estaba cada vez más radiante de sol y, en toda la extensión del cielo, no asomaba la más ligera nubecilla. Brillante oportunidad para que los venados saliesen de sus madrigueras a calentarse y pacer por las faldas de los cerros.

La coca que Acucho *chajchara* muy de mañana estuvo *mishqui*. Anuncio cierto de que no correríamos la suerte de la cacería anterior y de que el *Jirca*, menos *michaj* que entonces, nos premiaría con algún animalito de su rebaño tantas fatigas, sudores tantos....

Pero, a pesar de todos estos buenos indicios, no me pareció muy risueño el rostro de Imicho quien inutilmente trataba de di-

simular su turbación interior. A medida que avanzábamos Imicho iba amohinándose más y más, hasta que no pude resistir a la tentación de chancearme a sus costillas diciéndolo:

—Apostaría el fiambre que Imicho matará todos los venados de Shushunguia.

—Va la apuesta —repuso Acucho sin comprender la burla pesada que me gastaba con Imicho y creyéndose quizás postergado en sus derechos de primer y certero cazador.

—Pero a todos—insistí.

—Que va, *taita*—dijo al fin Imicho, sintiéndose indignamente halagado.

—Los matará de pena—agregué.

Acucho y Crispín festejaron la broma.

Imicho apenas si se dió por aludido.

Luego dijo friamente:

—Es que temo que nos pase algo, *taita*.

—Por ejemplo una bala, silbando por el oído—añadí.

—Una desgracia, *taita*—contestó.

—¿Para qué ha sido entonces la *chajcha* de esta mañana?

—Es que sabes, *taita*, anoche he tenido un mal sueño. Recién lo he recordado—titubeó Imicho.

—¡Un mal sueño! ¿Se puede saber cual es?

—Dice, *taita*, que habíamos salido a cazar.

—A cazar venados posiblemente.

—*Au, taita* (1). Y dice que el *Jirca* se había molestado.

—¿Contra quien?

—Contra nosotros.

—Si esc es todo Imicho,—dije—el sueño no es tan malo.

—Pero dice que tú, *taita*, estabas rodando

—¡Guarda allí!

—Y dice que rodando y rodando....

—¿Cerro arriba?

—... habías llegado al fondo....

—¡De esta alma que ya no alegras!

¡*Manam, taita!* (2) ¡como íbamos a estar alegres! Con la pena me desperté.

—Está bien Imicho,— dije para rematar este diálogo curioso sobre sueños.—Tu sueño no es malo; es simplemente osado. Quiero, pues, que vuelvas a estar alegre, en la seguridad de que no me verás rodando y rodando. Los sueños, Imicho, no son ni buenos ni malos. Se producen generalmente a raíz de impresiones recibidas anteriormente cuando estamos despiertos. Por lo demás no valen nada.

(1) *Au*: sí.

(2) *Manam*: no

Supersticioso como todos los indios Imicho acababa de revelarme otro aspecto nebuloso de su *psiquis*: su fe ciega en los sueños. Ya no eran mis espuelas de las que se apoderaba el *Jirca*, como en Atash. Era yo, que habiendo caído en desgracia suya, sabe Dios por que motivos, llevaba pendiente sobre mi cabeza la espada de Damocles. Ya había dispuesto el *Jirca* mi muerte y anunciándolo a Imicho. El «*mane, tece, fares*» de mi ruina había sido trazado por su diestra airada.

Para el indio el sueño no es un proceso físico como para Binz, ni un proceso psíquico como para Freud, sino un proceso bíblico, un anuncio divino. De allí que lo interprete en la misma forma que lo hacía José a sus hermanos. Y si para Freud el sueño nos muestra, no el porvenir real sino el porvenir que deseamos, al indio el sueño le muestra el porvenir que teme. Teme a Dios, diríase; teme las ocultas fuerzas de la Naturaleza que lo rodean y lo amenazan, pero teme principalmente al hombre del llano, al *mishti* (1), malo, orgulloso, expoliador. Sus sueños giran al rededor de sus temores y se encargan de entristecerlo y confundirlo. Tras del sueño viene para el in-

(1) Mishti: blanco

dio la interpretación, la reflexión triste, sombría, dolorosa. Acaso vislumbra su mejor pasado. Constata a diario su presente adverso y humillante. Juzga que nada ofrece remediar su futuro; al contrario, quien sabe los males que vendrán mañana, las desgracias que se estarán cerniendo sobre él y que la *paca-paca* parece anunciarle con su canto mal agüero en los anocheceres melancólicos. De la reflexión penosa pasa a la meditación más penosa aún, para concluir por ser un pesimista. Su pesimismo no nace de sus sufrimientos presentes ni de su experiencia pasada. Surge de su reflexión ante el futuro; porque como dice Guyau: «el hombre que no reflexiona y se deja llevar por la costumbre es optimista». El indio es pesimista porque es reflexivo.

Un ángel de buen apetito

Acucho, al igual que Imicho y Crispín, no estaba de acuerdo conmigo en eso de que los sueños nada valen. Más elevado en su manera de pensar y más franco en la emisión de sus ideas, mé dijo con aires de gran convencimiento:

— En los sueños, *Taitacha* nos habla.

— Dios no habla al *puñuy-siqui* (1), Acucho,—repuse, burlándome de su ingenuidad.

— Como no, *taita*, allí tienes al santo ángel de Pomacucho. *Taitacha* le encargó en sus sueños que salvara a su pueblo.

Acucho se refería a un individuo, alienado y visionario, que años atrás hiciera su aparición en el pueblo indígena de Pomacucho, desde entonces convertido en la Meca de Huánuco. Durante algun tiempo consiguió que sus paisanos lo considerasen como a un ángel, rindiéndole pleitesía y los honores que su alta categoría celestial requería....

— No hubo tal santo ángel ni tales encargos, mi querido Acucho—dije resuelto a destruir semejante patraña que solo la ignorancia y fanatismo de nuestros indios pueden aceptar.

— Seguro, *taita*,—insistió Acucho.

— ¿Donde lo conociste tú?—pregunté.

— Yo no lo he visto, pero cuando bajé a Huánuco ahora cinco o seis años oí decir que había aparecido en Pomacucho—repuso Acucho.

— Bueno—dije—el famoso tuno que apareció en Pomacucho y a quien llamas tú ángel fué un pobre loco al que la autoridad

(1) *Puñuy-siqui*: dormilón.

de Huánuco cogió y remitió al Manicomio de Lima, en donde sé que ha muerto.

—No es capaz, *taita*—observó Acucho un tanto escéptico.

—Ya lo oyes—dije.

—Entonces no era ángel—advirtió Crispín que poseía el suficiente acúmelo para comprender que un ángel no muere loco en un Manicomio....

—Es claro—dije ratificando la afirmación de Crispín.—Se trataba de uno que sin dejar de ser loco, era un vivo. No creo que ser loco sea ser tonto: antes todo lo contrario. Supo embaucar y embobar a sus paisanos a los que dió sus pies a besar, como si fuera una *sumaj-huarmi* (1).

—¡*Tatau!*—exclamó Crispín con un gesto de asco.

—Yo no besaba aunque me maten—agregó Imicho.

—Sinembargo—dije—se cuenta que hubo *mishtis* que tuvieron estómago para hacerlo, asustados por las amenazas que se les hacía.

Acucho no quiso insistir más. Se sintió solo y ridiculizado. Para concluir en forma menos desdorosa é irritante a su amor propio, dije.

(1) Sumaj-huarmi: mujer bonita.

—Lo que es Acucho le habría besado, pero con el cañón de su savich.

—Si no era ángel, claro, *taita*—repuso.

—Era un ángel para los tontos solamente—añadí.—Suponte, Acucho, que el tal ángel de Pomacucho gozaba del mejor apetito del mundo. Durante toda su aparición no quiso comer otra cosa que cuyes, gallinas bizcochos, huevos y cuanto le pedía su buen gusto. Pero lo mejor es que exigió que le dejaran dormir con las muchachas más simpáticas del pueblo....

—¡*Chaluu!*—volvió a exclamar Crispín que seguramente quería una para sí.

—¡Así, también yo puedo ser ángel!—dijo graciosamente Acucho.

Reí con los otros, contento de verlo ya más liberal é irónico que Ricardo Palma...

Recuerdos de Huánuco-viejo

Entre tanto, distraídos con la conversación, habíamos llegado a la cumbre de un cerro en donde me detuve a contemplar las ruinas diseminadas de una que otra habitación, parecidas a las que viera en Atash y que me demostraban la existencia de otros

pueblos antiguos por esa región, preferida posiblemente por lo escarpado del terreno a la vez que por lo benigno del clima.

Comprendiendo Acucho que aquellos montones de piedra, sin importancia ni interés para ellos, me llamaban la atención quiso llevar la charla sobre el asunto, diciendo:

—*Taita*, esto ha sido *Piqui-marca*. *Piqui-marca* quiere decir pueblo chico. Dice que *Atash* y otros pueblos más grandes que *Piqui-marca* se unieron para invadir y destruirlo. Pero *Piqui-marca* era pueblo valiente y se defendió.

Acucho hacía referencias a una tradición general sobre las luchas que esos pueblos sostuvieron unos contra otros en la época de behetria, hasta que cayeron bajo la dominación incásica.

— *Atash* es más grande, *taita*, —prosiguió Acucho.— Tú habrás visto de paso al venir.

—Estuve algunas horas en *Atash*, Acucho—repuse.

—Pero *Atash* es nada, *taita*. ¡Qué dijeras si conocieras *Huánuco-viejo*!—dijo Acucho.

—Visité ahora cinco años.—contesté.

—¿Conoces, *taita*? ¿Irías a bañarte en *Aguamiro*? —preguntó Acucho.

—Tomamos baños en las aguas sulfurosas de Conoc y Tauripampa y permanecimos diez días en Aguamiro; pero el objeto principal de nuestro viaje fué, precisamente, admirar las soberbias ruinas de Huánuco-viejo.

—Yo pasé a las seis de la tarde; casi oscuro. Tenía que llegar esa noche a Aguamiro y no pude ver bien las casas de los Incas—dijo Acucho, refiriéndose a «las célebres ruinas de Huánuco-viejo, precioso monumento histórico que la acción destructora del tiempo ha respetado». (1)

—¿No cruzaste la pampa?—pregunté, por decir algo.

—¡Que va, *taita*! Era muy grande y habría dormido en la pampa,—repuso Acucho.

Efectivamente Huánuco-viejo, a 3.736 metros sobre el nivel del mar, ocupa el extremo de una hermosísima pampa tan llana y regular que el observador extasiado alcanza a contemplar sus lejanos confines, poéticamente circundados de altos y solitarios cerros, testigos centenarios de la grandeza de nuestros antepasados. Nosotros empleamos un día en recorrerla y en visitar todas y cada una de las ruinas, sintiendo el orgullo de pertenecer a una raza vigorosa cuyas

(1) El Perú: Raimondi.

obras, verdaderamente maravillosas, han quedado para asombro de los siglos venideros.

Entre otras cosas pudimos notar los patíbulos en los que sufrían el suplicio de la horca los condenados a dicha pena. Ellos consistían en dos grandes piedras, labradas de tal modo que pudieran caber de pie, los cuerpos de un varón y de una mujer, respectivamente. La roca alzada para la mujer mostraba las dos cavidades correspondientes a los senos. Dos agujeros, abiertos a la altura del cuello, permitían correr fácilmente la cuerda ultimadora.

Un asiento, bastante estrecho y labrado en piedra, estaba destinado a dar a conocer, por las dimensiones y forma de las nalgas, la virginidad de las doncellas puestas al servicio del Sol.

—¿Viste el castillo, *taita*?—preguntó Acucho, refiriéndose a la fortaleza de Huánuco-viejo, monumental obra destinada a la defensa en los casos de invasión sorpresiva.

—Sí,—repuse—y recuerdo que desde el torreón nos distraíamos en disparar con nuestras escopetas, simulando la defensa de la fortaleza que nuestros abuelos defendieran con sus hondas y macanas.

—¿Y cazaste patitos, *taita*?

—Cazaron mis compañeros. Yo disparé desde mi caballo y a más de ochenta metros de distancia sobre un dominico y lo maté, pero con tan mala suerte que la escopeta, demasiado cargada posiblemente, me lastimó el hombro izquierdo que lo tuve adolorido hasta mi regreso a Lima.

—Seguro no sujetaste bien la culata—advirtió Acucho, con el aplomo de una autoridad en la materia.

—Así debió ser, —repuse. Luego añadí—recuerdo también que llegamos a las riberas de la laguna de Huachaj, situada en un extremo de la pampa. Allí un joven aguamirino Cardich, de los seis que íbamos, disparó sobre dos patos que bogaban juntos. La bala mató a uno de ellos tiñendo con su sangre las aguas cristalinas. Entre tanto el otro alzó el vuelo y se remontó como unos veinte metros; pero, viendo que abandonaba a su pareja, volvió al mismo sitio para morir de un segundo disparo que hicie-
ra mi hermano Rafael.

—Hembra y macho serían—observó Imicho.

—¡Segurito!—confirmó Acucho.

—Cuando la hembra cae—intervino Crispín que revelaba no ser un bruto—el macho no se va. Prefiere morir junto a

ella. Pero si cae primero el macho, la hembra va.

Esta aseveración de Crispín, fruto seguramente de su observación, produjo una discusión acalorada entre los tres que disentan y tenían opiniones encontradas. Para zanjarlas les manifesté que aquello entrañaba una moraleja para el hombre, que como el animal sacrifica todo por la pareja amada. ¡Lástima que el hombre posponga, muchas veces el amor al interés, interés que desconoce el animal!

Coca y puntería

—Buena puntería has de tener tú, *taita*—me dijo Acucho, tomándose acaso por un rival suyo.

—Ni tan buena que me pongas a tu lado, ni tan mala que no pueda tirar sobre un toro—repuse.

—No, *taita*; tú tiras bien.

—Tiraba. Hoy no me ayuda ni la vista ni el pulso.

—Para el pulso no hay como la coca,—advirtió Acucho. En cuanto a la vista no alcanzaba a comprender como pueda uno

perderla en plena juventud cuando el indio, a los sesenta años, tiene en sus ojos el mismo alcance que el buitre. Es capaz de poder distinguir de la falda de un cerro a otro la presencia de un zorro fácilmente confundible con un perro cualquiera, ó de contar las ovejas de un rebaño con la seguridad de no equivocarse.

—He sido siempre amigo de la caza— dije.—Me ha gustado sentir sus emociones fuertes.

—¿Y el tiro al blanco?—preguntó Acucho.

—Cuando muchacho. Recuerdo que en la hacienda Quizca, en los alrededores de la ciudad de Ambo, rompí de un tiro de carabina de salón una botella colocada sobre un tronco de árbol, distante cerca de cien metros; ganando la apuesta.

—¿Con *Shallu*?

—Con la misma.

—¡Está regular!—dijo Acucho en señal de aprobación.

—Es nada, Acucho. No es lo mismo tirar sobre una botella que tirar sobre un venado, al cual habrá que disparar casi siempre a la carrera.

—Así es, *taita*.

—Y luego que el sobresalto hará que el pulso se altere fácilmente.

—No, *taita*. A mi no me mueve ni *pisquita*.

—Bueno, Acucho; pero no todos somos tú, ni a todos nos sostiene la coca.

—Hay que dar una *chajcha* antes de entrar a Shushunguia, *taita*. Verás como tu corazón se queda tranquilo y no tiembla tu winchister.

Callé, y como «el que calla otorga», el que hace callar triunfa. Acucho triunfaba, pues me había convencido de que unas hojas de coca a nadie hacen daño. Al contrario todos necesitamos, en ciertas ocasiones de la vida, insensibilizarnos. El alma como el cuerpo necesitan algunas veces, de un poco de anestesia. Para ello nada mejor que «la célebre coca con la que los indios olvidan sus pesares y adquieren nuevo vigor para los más fatigosos trabajos». (1)

Emboscadas y peripecias

La marcha era cada vez más lenta y peligrosa. Teníamos que atravesar a menudo profundas barrancas ó cruzar desfiladeros sombríos, para en seguida abrirnos paso por

(1)—El Perú: Raimondi.

entre las marañas y los zarzales ó perdernos en la enramada de los alisares cuyos garranchos puntiagudos pedían como recuerdo retazos de los ponchos de mis compañeros que optaron al fin por envolverlos en forma de serpientes y amarrarlos en la cintura.

Acucho caminaba adelante; yo iba después; luego Imicho y por último Crispín. Con frecuencia teníamos que pasarnos unos a otros las carabinas para poder salvar de un salto algún mal paso o gatear con más seguridad alguna cuestezuela escabrosa.

Cuando llegamos al comienzo de Shushunguia la tranquilidad más grande reinaba en sus faldas, hechas exprofesamente para querencia de venedos. Deseosos de que nuestra presencia pasase desapercibida para todo ser viviente, sentamos nuestros reales en una hoyada alfombrada de paja y encubierta por arbustos. Allí nos repondríamos de la fatiga en tanto llegase la hora oportuna.

Tendidos en el suelo no teníamos ante nuestros ojos más que la inmensidad del cielo azul, ribeteado en lontananza por cumbrones parduscas.

Acucho echó la cabeza atrás, miró fijamente al sol como insultando el poder de sus rayos y, *sotto voce* para no auyentar a los venados, dijo:

—Son las doce. Podemos comer el fiambre.

Saqué mi reloj. Quería constatar la exactitud de ese cronómetro tan curioso que con solo una soberbia mirada al sol cantaba con tanto énfasis y convencimiento la hora. Tres minutos habían pasado de las doce meridiano. Entonces, entre dudar de mi reloj o de Acucho opté por desconfiar de mi reloj cuya foja de servicios es ya respetable y manifiesto su prurito por adelantarse, por estar seguramente en el siglo de los *réconds*... Crispín sacó a relucir el fiambre; nosotros a relucir nuestra gazuza, y, en un santiamén, volaron papas, bollos y *charqui*.

La *chajcha* reglamentaria vino acto seguido. Durante ella Acucho dió sus últimas órdenes é instrucciones:

—¿Ves, *taita*, la cuchilla de aquel cerro que baja hasta la quebrada?

—Veo varias, Acucho; ¿a cual de ellas te refierés?—repuse.

—A esa *taita*, que está *allicita*.

El brazo extendido de Acucho describió al mismo tiempo una línea oblícua. Merced a ella distinguí, entre los muchos cerros, él que me señalaba.

—¡Ya, ya!—dije, midiendo de un vistazo la distancia que nos separaba de él y que no sería menor de dos kilómetros.

—Bajarás con cuidado por esta falda hasta llegar a aquella punta. De allí no pases, *taita*. Es muy peligroso y podrías rodar.

—Está bien,—repuse.

—Crispín te acompañará.

—No hace falta—advertí.

—No, *taita*; él va a decirte los sitios por donde hay que andar. Tú no conoces y no llegarías hasta mañana.

—Sea, Acucho, como tú quieras,—dije resuelto a no entorpecer sus planes.

—Tú tienes que descolgarte a la quebrada—ordenó a Imicho.—Cuando estés en el fondo, sigue hacia abajo. Allí comienzas a espantar a los venados.

Acucho concluyó, diciendo:

—Yo iré por aquel otro cerro, hasta un barranco que hay. De acá no se vé. Ya después nos volveremos a encontrar.

El plan de Acucho no era del todo malo. Digo mal; el plan de Acucho era de una estrategia sorprendente, capaz de consagrar la fama de un general. En efecto si Joffre cogió a los alemanes en el Marne como «entre las dos hojas abiertas» de una tijera», Acucho preparaba en Shushunguia emboscada igual sin conocer, como es natural suponer, el plan del gran estratega francés....

Los venados espantados por Imicho abandonarían sus madrigueras. Tratarían luego de escalar precipitadamente las faldas de los cerros dominados por nuestros fuegos y, viéndose bloqueados a derecha é izquierda, concluirían por caer a los certeros disparos de nuestros fusiles.

La maniobra para ocupar nuestra posesión duró una hora penosa. Resbalando sobre la paja, unas veces, saltando sobre las peñas como vizcachas, otras, logramos al fin emplazarnos en nuestro respectivo apostadero.

La abrupta pendiente que teníamos al pie verdaderamente que espantaba. Nuestras cabezas asomando apenas al borde de ambas faldas, se confundían y parecían otras tantas rocas de la peñolería. Magnífico lugar, desde donde dominábamos por completo la zona aquella en cuyo extremo se erguía la cumbre que en breve ocuparía Acucho.

A la una y media divisamos un bulto extraño que acababa de surgir a lo lejos y que estaba como incrustado en la roca. Era Acucho cuya trayectoria había sido más larga y más expuesta aún.

En cuanto a Imicho, su suerte nos era absolutamente desconocida. En empresas como la que teníamos entre manos, cada

cual desempeñaba su papel y se entregaba a la buena de Dios.

Pasaron diez, quince, veinte minutos en medio de una calma y silencio inquietantes. Con los ojos clavados en la pendiente, aparragados tras de una roca, inmóviles y callados, habríamos parecido momias a quien nos sorprendiera en esos instantes.

—Me voy cansando—murmuré a los oídos de Crispín.

—Paciencia, *taita*—musitó éste.

—Es inútil, Crispín. Los venados nos han sentido antes que podamos nosotros verlos y se han marchado.

—No, *taita*. No tardan en salir. Estamos en la hora.

—¿Tú piensas dormir esta noche aquí?

—Dormiremos en el pueblo. No tengas cuidado, *taita*.

No es que temiera yo nada en esos momentos. Gustoso habría amanecido allí, prendido de las rocas como una lechuza, para deleitarme con el albor de un nuevo día sorprendido sobre las cumbres andinas. Quería sondear el ánimo de Crispín por si la coca que masticaba lentamente le había revelado algo novedoso.

—Toma mi revólver—le dije alcanzándole el arma.—Bien pudieras necesitar de él.

—Verdad, *taita*. Muchas veces hay

qué perseguir al venado herido—repuso Crispín, cogiéndolo con la diestra.

Maniobré con mi carabina en la que cargué cinco cartuchos, sin que el cañón saliese de entre la paja, pues, como me indicara Acucho, el reflejo en él de los rayos solares bastaría para descubrirnos a los ojos penetrantes de los venados.

—¡No te muevas, *taita!*—prorrumpió Crispín.

—¿Qué hay?—indagué, pues no veía yo nada.

—Achucho acaba de ponerse en guardia. Ha visto algo. No tarda en disparar,—repuso Crispín en sobresalto.

Encogido, con las pupilas encendidas, los dedos encorvados como garras, el cuello en tensión, rígido el rostro y saliente la barba, Crispín tenía el aspecto fiero de un jaguar en acecho.

Esta expectación y zozobra no duró mucho.

Como mueren los venados

De súbito dos hermosísimos venados, ágiles é inquietos, aparecieron de un salto en

la falda dominada por Acucho. Pasearon la veloz mirada por su contorno é iban a emprender la carrera, cerro arriba, cuando se dejó oír la aguda detonación de un disparo. Acucho entraba en acción.

Uno de ellos pegó un gran volatín y cayó en tierra, mientras el otro corría en precipitada fuga.

Se detuvo bruscamente, husmeó la tierra, volvió los ojos a todos los lados y de dos brincos estuvo de nuevo junto al caído cuya herida sangrante lamía febrilmente.

Una segunda detonación hendió los aires repercutiendo en las oquedades de las montañas. Se vió rodar al otro venado.

—¡Admirable!—exclamé no pudiendo contener el ímpetu de mi entusiasmo.

—¡Calla, *taita*!—murmuró Crispín.

A esos dos disparos siguió un silencio sepulcral. Acucho permanecía en la misma posición, con el arma encarada y sin hacer el menor movimiento. Después de algunos segundos, que me parecieron siglos, comprendiendo que todo había concluído, irguió el cuerpo sobre el peñón.

Con el rifle en la diestra y el sombrero en la siniestra, Acucho era la estatua viviente de su Raza levantada sobre el pedestal de los Andes....

Luego descendió rápidamente por la pendiente.

Por mi parte abandoné el winchister a Crispín. Ya no lo necesitaba. Mi papel había sido simplemente pasivo: él del espectador. Si los venados en vez de salir por el lado de Acucho lo hubieran hecho por la falda dominada por mi fuego, acaso no fuera tan deslucida mi actuación.

Me dejé rodar sobre la paja como unos cuarenta metros. La bajada se hizo más suave y pronto estuve al lado de Acucho, quien trataba inutilmente de levantar al primer venado.

—Ves, *taita*,—me dijo tranquilamente, señalando la cabeza perforada del animal,—este tiro ha sido bueno. No le ha dejado tiempo ni ganas para trepar. Si la bala se desvía una *nadita* habríamos estado corriendo ahora al *ventajo*....

Contemplé en silencio al precioso animal cuya piel lustrosa y suave conservaba aún el calor natural del cuerpo. Acordándome del segundo pregunté:

—¿Y el otro Acucho?

—Estará por allí. No ha corrido. Yo le habría tumbado a la carrera—repuso ingenuamente.

A unos diez pasos, apenas, yacía en efecto el venado aquel que, desafiando el peligro,

volviera a lamer a su pareja. La bala le había penetrado a tres costillas.

—¡Este es el macho!—exclamó Acucho tomándolo por la hermosa y ramosa cornamenta.

—¿El macho?—exclamé a mi vez lleno de asombro.

—Sí, *taita*. No ha querido dejar a su hembra ¡Qué te parece!

—¡Noble animal! Es digno de la admiración de los hombres. Pero esto es triste Acucho,—dije compasivamente.

—Ya están juntos, *taita*,—repuso.

—Ya han dejado de ser, Acucho. La vida no les servía de nada, estando separados,—observé, rectificando la creencia que, al parecer, tenía Acucho sobre la supervivencia del alma de los animales.

Acababa de admirar una escena conmovedora, igual a otra que, años atrás, admirara en la pampa de Huánuco--viejo. Aquí fueron dos patos; en Shushunguia eran dos venados.

¡Bella lección de fidelidad y amor, dada por el instinto a la razón!

Llegó Crispín; en tanto Imicho, desde el fondo de la quebrada, daba a grandes voces el parabién.

Acucho sacó una cuchilla del cinto y

abrió cuidadosamente el vientre de los venados, diciendo:

—Hay que enterrar la pansa. Eso queda para el *Jirca*, para que otra vez nos dé también su aumento.

Reducidos así en peso los envolvieron en las *pullos* y los pusieron a las espaldas.

Bajamos lentamente a la quebrada en donde Imicho nos esperaba con una gran provisión de *gongapa*, frutilla silvestre muy apetitosa. Tendidos de barriga bebimos sedientos de las aguas del Quío y emprendimos luego el regreso al pueblo por una trocha conocida solo por los cazadores.

Retorno y nostalgia

Cinco días habían transcurrido desde mi llegada a Quío, una tarde memorable.

La víspera de mi despedida, después de la acostumbrada clase a los niños, me dirigí a las riberas del cristalino y turbulento riachuelo. A la sombra de los saucos, sobre el alfombrado de sus albas florecillas caídas, me puse a contemplar como las aguas del Quío discurrían y se alejaban. En breve también yo estaría muy lejos....

Sentía tristeza al pensar que tendría que dejar aquel pueblo.

Malo es acostumbrarse a lo que no ha de durar. ¡Curiosidades del corazón! ¿Quien le dirá que arroje así su ancla?....

¡Ah!, es que allí había despuntado para mí la aurora de la dicha. ¡Carnavales; cansado estaba de ver máscaras! Por eso después de tres siglos de *carnes tolendas* bueno era un miércoles de ceniza para mi *memento homo*. Volvía a encontrar a mi yo. Lo estaba perdiendo, pues como Kempis podía decir que cuantas veces estuve con los hombres, menos hombre volví....

Es que allí había brillado para mí la plácida claridad de la paz interior. Bien dice Jouffroy: *«ou est le repos?: en nous. Le trouble? :hors de nous.»* La borrasca está fuera de nosotros....

Es que allí había encontrado el alivio y el consuelo; el alivio y el consuelo que nos niegan ó no pueden darnos los hombres y que nos brindan las cosas.

Es que la calma de los campos era mía é iba a perderla.

Y después de todo ¿no iba a alejarme de esos buenos hermanos, tanto más queribles cuanto más humildes y desgraciados....?

A Acucho debiera parecerle grande mi

pena cuando, abandonando su choza, vino a distraerme:

—Estás triste, *taita*.

—Parece, Acucho.

—No estés triste, *taita*

—Estuve; ya no lo estoy. Basta que hayas venido tú.

—¿Siempre quieres irte mañana, *taita*?

—No es que quiera, sino que debo irme.

—Te ha cansado la mala vida.

—Nunca estuviste tan equivocado, Acucho, como ahora.

—Has pasado mala vida *taita*,—insistió.

La mala vida está abajo, en donde te niéndolo todo no se tiene nada.

Acucho, por la sencillez de las costumbres pueblerinas, era incapaz de comprender mis últimas palabras que, por lo absurdas y paradójicas, debieron significar nada para él. Entre solícito y zumbón, dijo:

—Habrás dejado a la *señorita*, *taita*, y le estás extrañando.

—Hada de eso, Acucho. Me pertenezco íntegramente. ¿Sabes en que pensaba cuando llegaste tú?

—No, *taita*.

—Pues en que no debiera irme de acá....

.....

Pero la hora de la despedida llegó. Allí estaban todos mis amigos; es decir, todos. Les dije que me iba agradecidísimo; que los extrañaría mucho y que pensaría siempre en ellos.

No les ofrecí nada. Lo que más detesto son las ofertas. Ofrecer es salir del paso.

Abracé a los míos y partí. Estaba ya lejos pero los extremos de los ponchos y de las *catas* seguían agitándose, cual banderolas al viento, dándome el *ayhuallá*. (1)

Desde el último otero, y por postrera vez, contemplé las cincuenta humildes chozas del pueblo, revueltas como madrigueras de avispas....

.....
En mi casucha ocho pellejos de venados evocan las agrestes pendientes de Quío. Dos están en mi cuarto.

Son los pellejos de los venados que rodaran en Shushunguia ante el fiero savich de Acucho.....

(1) Ayhuallá: la despedida.

EL PROBLEMA INDIGENA EN EL PERU

(De la revista NOVECIENTOS, de julio de 1925)

Problema universal es el problema social. Verdad indiscutible que la experiencia cotidiana, en todas las latitudes de la litósfera, corrobora ampliamente. Negarlo, sería renegar de la realidad; pero no desvirtuarla. Pretender sofrenar los espíritus inquietados por su solución sería como imposible, empeño inútil; más aún, nocivo. El problema social debe ser abordado, discutido y resuelto.

Empero la cuestión social en el Perú tiene una importancia secundaria. Antes que ella y sobre ella está la cuestión indígena. Pienso que no todos piensan en esto.

La propiedad entre nosotros está más y mejor distribuida. Pocos los latifundios relativamente. El capitalismo incipiente. Para la sierra y la montaña el problema social si apenas existe. Tres centros de la costa que lo discuten apasionadamente. Eso es todo.

Sin embargo, preciso es confesarlo, la juventud actual universitaria, que gusta de todo lo exótico y busca los alardes extremistas, se ha echado a correr por pendientes peligrosas y espinosas. Descuida su

papel cultural. Olvida su misión altísima de depurar errores y vicios y se entrega a un apostolado indigno de ella: el apostolado de los odios y violencias. Crea el hambre para ser el adalid de una hueste hambrienta. No patrocina la justicia social sino la guillotina social. Y se empeña en realizar lo que Vasconcelos con razón execra: "el socialismo radical no irá a invadir los otros pueblos para imponer, por la fuerza, absurdos".

Entre tanto ¿qué hace la juventud universitaria por la regeneración del indio? ¿Dónde están los cruzados de la obra cumbre en el Perú? ¿Cuántos son los que, en el fárrago de nuestra vida estudiantil, recuerdan y se enardecen por este ideal? La cuestión indígena no tiene apologistas en San Marcos. En cambio la cuestión social tiene sus demagogos rojos. Y es que todo apostolado de verdad y justicia tiene que ser humilde, paciente, desinteresado, y estas solas palabras no suenan bien a nuestros oídos; eso ya es sabido.

Preciso es adquirir relieve. El yo sobre todo y sobre todos. Hay que salir de la mediocridad, de la terrible mediocridad. La forma poco importa. El caso es salir.

Nos sobra pues, Ingenieros; nos falta Cristo.

Estas cosas hay quedecirlas sin ambages ni eufemismos, para que, como lo dice Papini, "los espíritus acostumbrados a los narcóticos del error, despierten a los rebencazos de la verdad."

La cuestión indígena está latente, irresoluta hasta hoy, como el testimonio más elocuente de nuestra inepticia e inercia. Ella es una pesadilla imperitinentemente que perturba nuestros buenos y bellos sueños.

Los legisladores se sienten incapaces de trazar las normas salvadoras de la Raza. Los pode-

res públicos palpan los males en toda su gravedad, sin poder remediarlos. El malestar aflora y vive en el medio ambiente. Todos lo sentimos, lo lamentamos y hasta lo condenamos. Pero la palabra redentora—*¡levántate!*—aún no ha sonado para el indio.

¿Y por qué? El mal tiene raigambres seculares. Solo una cruzada de fé y de amor, de abnegación y de sinceridad puede alcanzar la regeneración de nuestro indio. La juventud tiene en ella su puesto. Pero la juventud no está allí con sus bríos, con sus luces.

Acalladas las voces presentes, despreocupados los espíritus de hoy ¿hay acaso algo de las pretéritas generaciones? En nuestro anhelo de desagravio a la raza visitamos nuestras bibliotecas. Poco, muy poco, casi nada hay. Algunas tesis escritas sobre un indio que forjó la imaginación en una alcoba bien amueblada. Tesis que casi siempre abofetean al indio desconocido, ser algo más que inútil, despreciable. Raros artículos que tratan de desentrañar la realidad.

El espíritu ante este abandono y esta indiferencia se rebela, protesta y se disciplina. Hemos de lavar nuestra mancha. Hemos de cumplir nuestro deber. Este es pues, un llamamiento fervoroso a la juventud peruana de hoy. A la juventud del Titi-caica y del Cuzco, del Misti y del Chinchaycocha, del Huascarán y Cajamarca, testigos de la grandeza incaica.

Cuando la *psiquis* indígena no sea para nosotros un misterio que exornamos graciosamente con mitos; cuando sus virtudes y sus vicios nos sean familiares y conocida por la observación su idiosincracia; cuando hayamos fondeado en el arcano de su alma melancólica, doliente y pensativa, con amor y con verdad; cuando hayamos descifrado el sentimiento

profundo de sus leyendas de roca y nos conmuevan por su ternura y por su arte los *yaravíes* y las *kachuas* y las *quenas*; cuando, por fin, hayamos levantado su moral, purificado su fé, e iluminado su mente, habrá incoado la grandeza de la *Raza Quechua*, que es nuestra raza.

LA JUVENTUD DE HOY Y EL PROBLEMA INDIGENA

De nuestras reuniones semanales

(De la revista NOVECIENTOS, de Octubre de 1925)

Vivimos un nuevo siglo. Los hombres de la primera centuria no pudieron resolver ningún problema nacional. Ellos fueron escépticos y pesimistas. Seamos nosotros hombres de fé y optimismo.

El problema indigena, acaso el más grande de nuestros problemas nacionales, no fué estudiado ni resuelto por los pensadores. De aquí que los hombres de estado tienen, por el momento, que resolverlo intuitivamente, con una obra personalísima. Las generaciones jóvenes debemos formar en su torno un ambiente intelectual que conserve, continúe e intensifique el esfuerzc por su feliz resolución.

La regeneración del indio hay que hacerla con medios que encuadren en la realidad misma. Aprovechemos de la experiencia de otros pueblos; pero no copiemos. Sigamos a Méjico en su entusiasmo y fervor; pero no, en sus métodos e intransigencia. Méjico quiere un pueblo sin Dios; ahora bien, la moral y la religión son hermanas. Pueblo sin religión es pueblo sin moral.

Hay quienes califican de abyecta a la raza indígena. Repiten el adjetivo de algún cronista español mal intencionado de la Colonia.

No reneguemos de nuestros Andes. En ellos nace el más grande río de la tierra. Las más cuantiosas riquezas están en su seno. La raza más vigorosa de América ha vivido y sigue viviendo en sus fértiles altiplanicies y soberbias cumbres.

Nuestra grandeza como pueblo ha de medirse por la grandeza de las dificultades que hemos de superar.

¿Por qué el indio que labró la brillante civilización del imperio incaico se encuentra hoy en prostración y atraso deplorables?

El mal no está en la raza porque ella es la misma. No culpemos tampoco a la escabrosidad de la tierra. En nuestras serranías pueden vivir y crecer pueblos fuertes y sanos como los pueblos de la Suiza. No serán pescadores de moluscos pero sí, cazadores de cóndores.

La expoliación, el servilismo y el desdén en trescientos años de Colonia; la expoliación, el servilismo y el desdén en cien años de República acabaron por humillarla. Nos toca levantarla.

Alla por el año de 1824 el Libertador Bolívar expedía un decreto que beneficiaba grandemente a los indígenas. Era la primera ley agraria que ampararía en alguna forma las tierras de los autóctonos peruanos.

Sólo la Constitución de 1920, o sea un siglo después, declara solemnemente y garantiza en su artículo 58 la existencia legal de las comunidades indígenas.

Surgen después la sección "ASUNTOS INDÍGENAS" en el Ministerio de Fomento por decreto gubernativo de 12 de setiembre de 1921; el "PA-

TRONATO DE LA RAZA" por decreto de 29 de mayo de 1922; el LEVANTAMIENTO DE PLANOS CATASTRALES de las propiedades de comunidades indígenas por decreto de 25 de julio del presente año; el REGISTRO OFICIAL de las Comunidades indígenas. Se crea el INTERNADO, en la escuela vocacional de San Gerónimo del Cuzco, para niños indígenas, a razón de tres alumnos por provincia. Las ESCUELAS RURALES Y AMBULANTES se inician por decreto de 11 de julio del presente año.

Todas estas medidas y otras hablan bien del Gobierno que las concibe por que indican el principio de una obra verdaderamente grandiosa.

Hay que hacer. La crítica y la enmienda vendrán después.

Necesitamos maestros de verdad para las escuelas de la sierra. Maestros humildes, abnegados, llenos de espíritu vocacional y que sepan la lengua nativa.

Representantes hay que piden la destitución de maestros buenos y honrados para sustituirlos con sus compinches electorales, ineptos para la enseñanza.

Por patriotismo, por justicia, por respeto a la tierra que representan deben ellos renunciar a la vieja y pésima costumbre de entorpecer con sus imposiciones, el buen funcionamiento de la instrucción pública.

Honremos la noble profesión del magisterio.

Condenemos y denunciemos a las malas autoridades que, como fuentes de recursos ilícitos, encarcelan a los pobres indios para recibir carneros y patatas en rescate de su vilipendiada libertad.

La ignorancia de nuestros indígenas, a quienes no instruimos lo suficiente, hace que la ley de cons-

cripción militar-patriota y demócrata por otra parte—se convierta para él en el más cruel e injusto flagelo. LA LEVA de los tiempos de Balta y Castilla puede decirse que continúa en el *enrolamiento forzoso* de nuestros días. Violadores de las disposiciones de una ley que no conocen, son cogidos por redadas cuando bajan a las ciudades, siendo ellos los únicos que ingresan, como penados, a las filas del ejército, ya que el número de los llamados no es elevado.

El indio esta en la hacienda o congregado en el AYLLO. En la hacienda es algo menos que un esclavo. En el AYLLO es algo menos que un hijo de familia.

Hagámosle un ciudadano propietario y libre.

¿Qué es la comunidad indígena? ¿Es conveniente mantenerla indefinidamente, ó por el contrario se hace indispensable transformarla paulatinamente y sin violencias? La vida comunal del *ayllo* ¿no es una de las causas del atraso de nuestro indio? ¿No es verdad que dueño de un pedazo de tierra la cultivaría mejor que ahora que no le pertenece?

Necesita herramientas de labranza. Las que utiliza son primitivas, del tiempo de Manco-Capac: la CHAQUITACLLA, el CASHU.

Necesita maquinarias para la fabricación de mantequilla y queso; preparación para el beneficio de la carne, las pieles y la lana; instrucción moderna en la industria pecuaria, el abono de las tierras, la selección y adaptación de las semillas, etc.

Con créditos agrícolas, sabiamente organizados, se impulsaría eficientemente la producción entre nuestros indios de las serranías.

La Universidad de San Marcos ha vivido hasta hoy a espaldas de la realidad nacional. El problema indígena no ha interesado a la juventud, a pesar de

que buenos maestros trataron de encaminarla en ese sentido. Es que vivimos en suspenso del cable para saber lo de allende el mar. Más nos interesa lo de Rusia ó la China. Entre tanto tenemos en casa graves cuestiones que resolver que son únicamente nuestras y a las que no podemos aplicar soluciones de otros pueblos con otras necesidades.

Es necesario que la juventud de hoy vuelva la mirada hacia los Andes. Son las cumbres y no los mares hacia donde hay que dirigirse.

De cien nombres de poblaciones, rios, montañas, parajes, etc. noventa y nueve son términos quechuas. Cada uno de ellos encierra una leyenda, un hecho memorable, una cualidad, etc. Son un venero riquísimo no solo para el poeta y científico sino también para el historiador y lingüista.

En San Marcos se hace, pues, necesaria la enseñanza de la lengua quechua. El indio por otra parte abre los secretos de su alma a quienes le hablan en la dulce lengua de sus antepasados.

No hay raza más laboriosa y sufrida que la raza indígena cuya capacidad pasiva es solo comparable con la magnitud de su infortunio.

Las generaciones jóvenes del Perú que aman verdaderamente la justicia social se preparan decididamente para esa obra grandiosa de regeneración de la raza indígena.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria.....	3
A propósito de "Indios y Venados".....	5
¡Pedir cuernos!.....	9
Alborada.....	10
Jircahuan Parla.....	12
Atash.....	18
El Dios Jirca.....	21
Cumbres y contrabandos.....	24
Es Quío.....	27
La injusta acusación.....	33
Aquella noche.....	39
Alegría matinal.....	43
Mi grano de arena.....	49
Abuso, aguardiente, analfabetismo.....	53
Instrucción y educación.....	58
En busca de venados.....	62
Chaulanos y quianos.....	66
Tras las huellas de venado.....	71
Atardecer andino.....	75
La prisión al servicio de la Moral.....	78
La catipa.....	81
Vía Crucis.....	85
El y ella.....	95
Un matrimonio y dos sermones.....	99
Fiambre y munición.....	104
La osadía de un sueño.....	111
Un ángel de buen apetito.....	116
Recuerdos de Huánuco-viejo.....	119
Coca y puntería.....	124
Emboscadas y peripecias.....	126
Como mueren los venados.....	132
Retorno y nostalgia.....	136
—	
EL PROBLEMA INDIGENA EN EL PERU.....	141
LA JUVENTUD PERUANA DE HOY Y EL PROBLEMA INDIGENA.....	144

ERRATAS NOTABLES

Dice	Debe decir	Página	Renglón
Nestrosu	Nuestros	12	16
Molesa	Molesta	21	16
Permitía	Permita	26	24
Analtece	Enaltece	31	17
Silva	Silba	42	13
Rrollizas	Rollizas	47	2
Desiminaban	Diseminaban	47	5
Castumbres	Costumbres	48	21
Cimiente	Simiente	61	26
Cénit	Cenit	73	13
Dosengaños	Desengaños	74	16
Cabertizo	Cobertizo	79	23
En el que	En la que	82	19
Futigivo	Fugitivo	91	21
Nescencia	Nesiencia	108	8
Venedos	Venados	127	16

PQ8497. L58I5

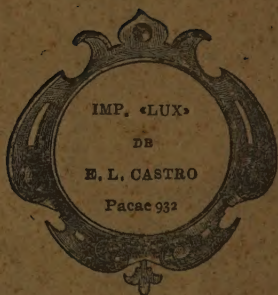


a39001



004162569b

471



IMP. «LUX»

DE

E. L. CASTRO

Pacac 932